

BOLSILIBROS

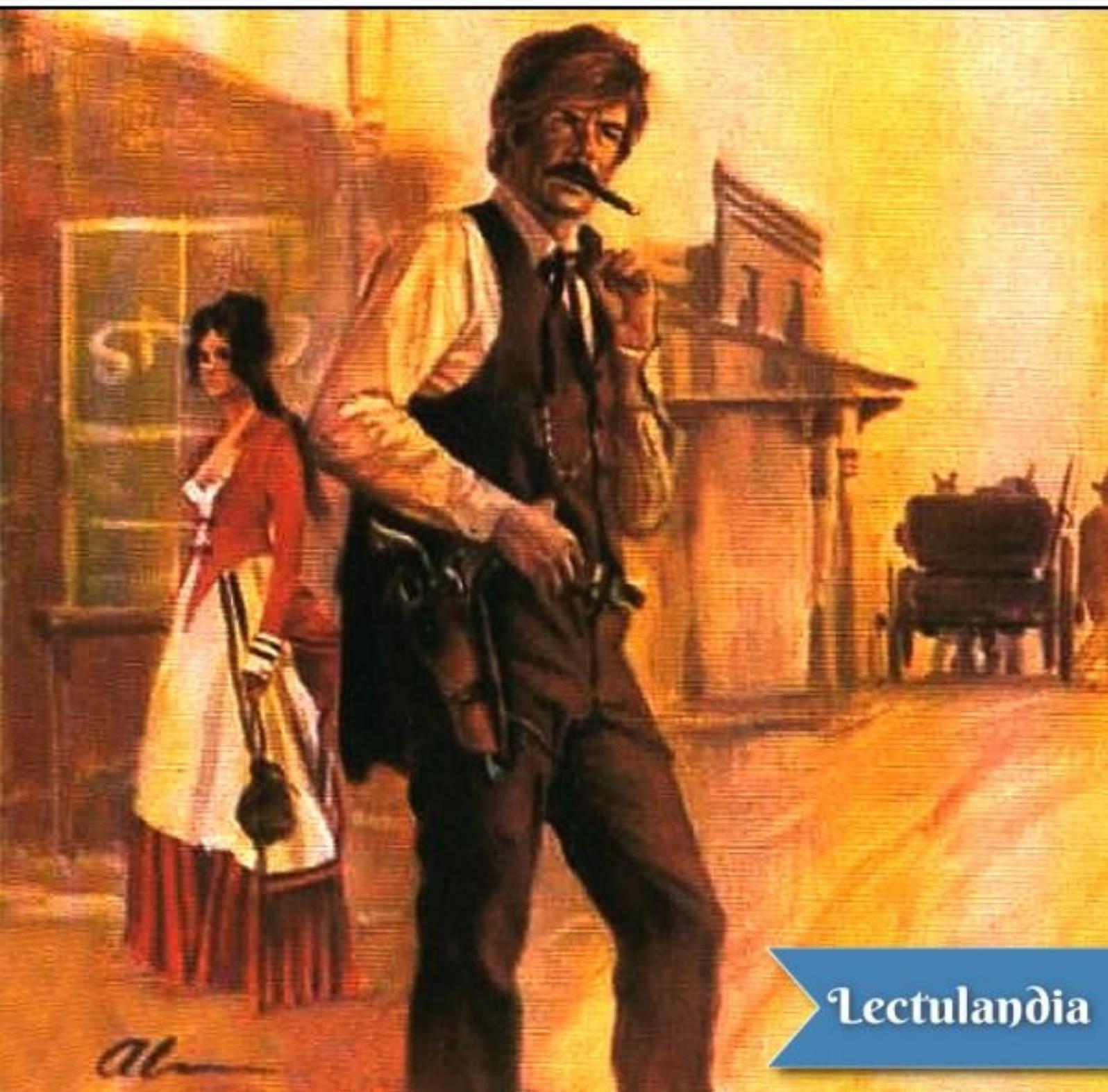
Oeste

de

OESTE
LEGENDARIO

Lou Carrigan

MANOS QUE PERDONAN



Lectulandia

Estaban en los límites del Llano Estacado, y llevaban sobre ellos el calor, el polvo, la áspera sequedad de las tierras atravesadas. Sus ojos parecían empequeñecidos, hundidos, en un continuo entrecierre a que los obligaba el restallante sol.

Lectulandia

Lou Carrigan

Manos que perdonan

Oeste Legendario - 22

ePub r1.0

Titivillus 21.06.2019

Título original: *Manos que perdonan*
Lou Carrigan, 1987

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

MANOS QUE PERDONAN

LOU CARRIGAN

CAPÍTULO PRIMERO

DOS JINETES

Dos jinetes.

Férreos, seguros, de recia estampa.

Estaban en los límites del Llano Estacado, y llevaban sobre ellos el calor, el polvo, la áspera sequedad de las tierras atravesadas. Sus ojos parecían empuñados, hundidos, en un continuo entrecierre a que los obligaba el restallante sol.

¡Por fin!

El Llano Estacado quedaba atrás. Adiós a Arizona. Hola a Texas.

El más joven de los jinetes suspiró: «¡Texas! ¡Oh, Dios: Texas!».

Se ladeó en la silla.

—Esto es ya verdaderamente Texas, Bryan.

—Sí.

—Pronto llegaremos a Cheekwell.

—Sí.

—¿No te gusta?

El jinete de más edad sonrió.

—Mucho.

—Hay burla en tu voz, Bryan.

—¿Sí?

El joven soltó un resoplido. Hacía dos días que sólo conseguía obtener respuestas de una sola palabra: sí, no, mucho, poco, bueno...

—Estoy cumpliendo con mi deber, Bryan.

—Claro.

Alan Whitman frunció el ceño. Se había olvidado de aquella respuesta, claro. Era una respuesta como otra cualquiera. Seca, concisa, áspera, huraña.

—Si no querías encontrarte en esta situación, no debiste hacer aquello, Bryan.

—Verdad.

—Vete al diablo.

—Bueno.

—Malo, digo yo. Aunque quizá tengas razón, ya que en el infierno no debe hacer más calor que aquí.

Alan Whitman se desanudó el pañuelo del cuello, lo extendió y se frotó con él la cara, enjugándola del sudor que la humedecía.

—¿Vamos, Bryan?

—Psé.

Reanudaron la marcha.

Bryan Cushing miró de reojo al joven Alan Whitman; tuvo que entrecerrar más los ojos, pues el sol, casi horizontal, rebotó en la placa contra sus ojos. Buen muchacho. Alan Whitman. Sólo tenía un defecto. Y era circunstancial, de tal modo que, con un poco de suerte, no sería definitivo.

El defecto de Alan Whitman era ser *sheriff* en Wilburville. Era un pueblo pequeño, de no más de cuatro o quizá cinco mil habitantes. Pero era difícil de mantener el orden allí, Alan Whitman lo conseguía. Era un muchacho duro, valiente, rápido de manos. Pero cuando no se sentía *sheriff*, Alan era cordial, risueño, amable y casi tímido.

Bryan Cushing sonrió, casi con simpatía hacia aquel muchacho que había conseguido apresarle tras tenaz persecución por el Llano Estacado.

Movió las manos, y al ruido de las esposas. Alan se volvió hacia él, rápido, con mirada atenta, vigilante.

Pero sonrió.

—¿Te molestan las esposas, Bryan?

—No.

—¿De veras? Si quieres, te las quito.

—Bah.

—Allá tú. Eres un tipo intratable, Bryan.

—Seguro.

Alan volvió a mirar hacia adelante. Y Bryan volvió a sonreír. Sí, seguro; Alan Whitman era un excelente muchacho. Fuerte, alto, joven... Tenía los ojos muy azules, ingenuos; la barbilla firme, dura; llevaba los rubios cabellos quizá un poco excesivamente largos, con rizos en la nuca. Oh, seguro: era un muchacho agradable.

—¿Qué miras, Bryan?

—Fumar.

—No tengo ganas.

—Yo.

—Tú, ¿qué?

—Quiero fumar.

Alan Whitman rió.

—Hurra, Bryan. Has dicho más de una palabra. Fuma, diablos.

Alan Whitman dejó caer las bridas; sacó una bolsita de tabaco de un bolsillo, y comenzó a liar un cigarrillo. A Bryan le resultaba difícil hacerlo, con las manos esposadas.

Bryan Cushing.

Alan frunció el ceño. Bryan Cushing. ¡Diablos, era una presa muy importante! Pistolero, jugador, camorrista... Una buena presa. Todo su error había consistido en acercarse a Wilburville para llevar a cabo sus habilidades. Un gran error.

Lo que hizo Bryan no le gustó a Alan, y en su calidad de *sheriff* de Wilburville, lo persiguió y; pese a estar ya en el territorio de Arizona, lo apresó. Ahora ya estaban en Texas.

¿Por qué Bryan no había aceptado la primera sugerencia respecto a marcharse de Wilburville? Todo hubiese sido mejor para todos...

—Toma. ¿Te lo enciendo?

—Claro.

Claro. Era todo. Ni siquiera le daría las gracias. Bueno, ¿y qué? Él no lo hacía por eso.

Alan encendió el cigarrillo, desvió ligeramente su caballo, y colocó el humeante cilindro en la boca de su prisionero.

¿Prisionero?

Bueno, claro que lo era. Lo llevaba preso, ¿no? Lo había capturado revólver en mano. Nada menos que a Bryan Cushing...

De pronto, Alan Whitman, el joven *sheriff*, notó que aumentaba el sudor que empapaba su rostro. Y no era que hiciese más calor, no. Era...

¿Angustia?

¿Miedo?

¿Arrepentimiento?

Las dos primeras cosas tenían su lógica, si recordaba el momento en que se había enfrentado a Bryan. Creyó que lo sorprendería durmiendo a aquellas primeras horas de la madrugada del día anterior.

Pero no.

No.

Bryan había aparecido a espaldas suyas, detrás de la cholla aquélla tan alta y había dicho:

—«Hola, chico. Eres tozudo, ¿eh?».

Él se había vuelto velozmente, con las manos lejos de su revólver, porque suponía que Bryan tendría el suyo ya empuñado y amartillado. Pero no.

No.

Bryan Cushing no tenía ningún arma en las manos. En la cintura, sí: sus dos revólveres.

Bryan sonreía.

—«Bueno, di algo. ¿Vienes a prenderme?».

—«Sí».

—«¿Y qué esperas?».

Él se había pasado la lengua por los labios. ¿Qué esperaba? Nada. Tan sólo estaba pensando en que de mil probabilidades, novecientas noventa y nueve estaban a favor del velocísimo Bryan.

Creyó comprenderlo todo. Bryan le había dejado seguirlo hasta allí a propósito. Y ahora, ya bastante adentrados en el Llano Estacado, lo mataría, lo enterraría por ahí, y...

El sudor arreció en la frente del joven *sheriff*. Recordó el momento en que, de pronto, echó mano al revólver, dispuesto a defender su vida, buscando aquella probabilidad entre mil.

La mano derecha de Bryan Cushing fue mucho más rápida. Llegó a su revólver derecho antes que la suya. Pero... Pero...

¿Y bien? ¿Por qué la mano derecha de Bryan Cushing se quedó allí, como pegada al revólver, inmóvil, como una garra encantada?

Garra encantada.

Sí, eso fue. Ésa fue la impresión que le produjo a Alan Whitman la mano derecha de Bryan Cushing. Una garra encantada.

Por supuesto que si Cushing hubiese querido emplear la mano izquierda para disparar hubiese llevado las de perder. Al fin y al cabo, Alan no era ningún fantoche sacando. Alan con la derecha, y Bryan con la izquierda, hubiese ganado Alan. Pero los dos con la derecha...

Whitman miró a su prisionero.

Bryan era de mediana estatura, delgado, fibroso. Sus rasgos eran correctísimos, su boca firme. Tenía los ojos de un extraño tono dorado oscuro, tranquilos, reposados de expresión, pero siempre atentos. Vestía bien; sin elegancia, pero sus ropas contrastaban contra las más corrientes de Alan.

—Bryan.

—¿Hum?

—Acamparemos allí.

—Bueno.

—Mañana llegaremos a Cheekwell.

—Ya.

—Antes no me dijiste si te gustaba o no.

—Dije mucho.

—Es cierto. ¿Por qué te gusta mucho llegar pronto a Cheekwell?

—Psé.

Llegaron al lugar que había señalado Alan minutos antes. Había algunas rocas y relativamente abundante vegetación.

Los dos jinetes desmontaron.

—¿Tienes hambre, Bryan?

—Poca.

—Mejor. Quedan pocas provisiones. Y yo tengo mucha hambre.

—Apetito.

Alan Whitman enrojeció.

—Está bien, Bryan. Para ti tu educación. Pero yo soy una persona honrada, ¿sabes?

—Sé.

—Siéntate. Y ya sabes: las manos a la altura del pecho. Sé de más de un hombre que ha muerto de una pedrada en la cabeza. Si en algún momento no veo tus manos donde te he dicho supondré que piensas tirarme alguna de esas piedras. ¿Has comprendido?

—Claro.

—Estupendo. ¿Por qué fui más rápido que tú, Bryan?

—No.

—¿No lo quieres decir?

—Tampoco.

—Habla claro, diablos; me pones nervioso.

—Pude matarte.

—No me digas. ¿Y por qué no lo hiciste?

—No sé.

—Tonterías. Fui más rápido que tú en el saque; tu mano llegó al revólver antes que la mía, pero yo fui más rápido en sacarlo.

—No.

—¿De veras pudiste matarme?

—Sí.

—¿Pues por qué no lo hiciste?

—Lástima.

Alan Whitman volvió a enrojecer:

—¿Pretendes decirme que pudiste matarme y que no lo hiciste porque te inspiré lástima? ¿Pretendes decirme eso, aun sabiendo que yo iba a prenderte?

—Sí.

—¿Quieres que yo me crea que tu mano se quedó sobre la culata del revólver como una garra encantada porque te dio lástima matarme?

—No quiero que creas nada; me es igual.

—¡Cuánto hablas, Bryan!

—A veces.

—¿Opinas que tengo que estarte agradecido?

—Sí.

—Eres un cínico.

—No.

—Seguramente querrás que te deje escapar, ¿no? Eso es lo menos que puedo hacer por ti en agradecimiento a que ni quisiste matarme. ¿Es eso lo que quieres, Bryan? ¿Que te deje escapar?

—Escaparé igual.

—¿De veras? Bueno, creo que es lo último que nos queda de comer. En cuanto al agua, se terminó esta mañana. Esta noche pasaremos un poco de sed, Bryan.

—Bueno.

—¿No te importa?

—No.

—Dime: ¿cómo escaparás?

—Cheekwell.

—¿Escaparás en Cheekwell?

—Seguramente.

—¿Cómo lo harás?

—Veremos.

—Escucha, Bryan, sé que sabes hablar mucho y bien. Me estás cargando ya con tanto «sí», «no», «bueno», «seguramente»... O hablas bien o te callas.

—Callo.

—Está bien. Te ayudará alguien a escapar, ¿no es eso? Y ese alguien sabe que no tenemos más remedio que pasar por Cheekwell, ¿no es eso?

—Quizá.

—Me están entrando ganas de dejarte sin comer, Bryan.

—Hazlo.

Alan Whitman suspiró.

—No; sabes que no puedo hacerlo. Y no porque la ley a la que represento me obligue a darte de comer y de beber por lo menos una vez al día, sino porque yo... Bueno, cada uno es como es, ¿no?

—Claro.

—Pues yo soy así. ¿Cómo eres tú, Bryan?

—No sé.

Alan Whitman suspiró.

—Está bien, Bryan, está bien. Tú sabrás por qué haces las cosas. Pero con sinceridad te diré que me parece de lo más idiota dejarse atrapar para luego estar deseando escapar. ¿Por qué lo hiciste?

—Lástima.

—Ya te dije antes que no me gusta...

—No preguntes.

Alan endureció el gesto.

—De acuerdo. En cuanto a lo de que en Cheekwell escaparás, Bryan, te diré una cosa: no será sin derramar mi sangre. ¿Comprendes?

—Si es tu gusto...

—No; no lo es. Pero sólo así podrás escapar.

Bryan Cushing ya no dijo nada más. Permaneció pensativo, mientras Alan recogía los recipientes en que habíanse servido la escasa cena. Los limpió y los guardó en las alforjas, dejándolo todo preparado para la mañana siguiente, de tal modo que sólo tendrían que ensillar y partir. ¿Qué objeto tenía dejar fuera la sartén si no habría tocino que freír?

Se volvió hacia Cushing.

—La bota, Bryan.

—¿Hoy también?

—Claro.

—Duermo mal.

—¿A mí qué me importa? Vamos, quítate la bota. La derecha.

—Eres un chico duro, Alan —rió Bryan Cushing.

Se inclinó y, con las dos manos juntas, forzadas a ello por las esposas, se quitó la bota derecha. Aquélla era una sucia jugada del *sheriff* de Wilburville.

—Ya está.

—Perfecto. Y ahora, Bryan, mucho cuidado con lo que se te puede llegar a ocurrir.

—No me moveré.

—Mejor para los dos.

Whitman se inclinó sobre Bryan Cushing y abrió una esposa, que inmediatamente cerró de nuevo, pero ahora en el tobillo derecho del hombre que llevaba preso.

Bryan Cushing quedó sentado, esposado por la muñeca y el tobillo derechos; una postura difícil para intentar cualquier cosa contra su aprehensor, o para huir montado a caballo... en el supuesto, muy poco probable, de que lograra montar. En cuanto a dormir, tenía que hacerlo sobre el lado izquierdo, con la pierna derecha encogida de modo que descansara en el suelo.

Alan movió la cabeza con disgusto.

—Si me dices tu palabra de que no intentarás escapar, podrías pasar la noche en mejor postura, Bryan.

—Te la doy.

Whitman rió.

—¿Me crees idiota, Bryan? Tú das tu palabra con la misma facilidad con que yo acierto a un barril de cerveza a dos metros. Ni hablar. Y no se hable más.

—¿Yo hablo mucho?

—Poco —volvió a reír Alan—, pero demasiado. No sé si me entiendes, Bryan.

Bryan Cushing se encogió de hombros, se tumbó sobre el lado izquierdo, y pareció que se quedaba dormido.

* * *

Cerca del amanecer, Bryan Cushing se movió.

Despacio.

Muy despacio.

Fue volviéndose hasta quedar orientado hacia Alan Whitman. El muchacho dormía a unos tres metros de él, tumbado cara arriba, con las manos sobre el estómago, el sombrero echado sobre los ojos, como si brillase un temible sol que pudiese cegarlos, y los dos pies muy separados, extendidas las piernas completamente. No se había quitado el cinto.

Bryan miró hacia los caballos. Luego hacia las sillas de montar. En la de Alan estaba el rifle.

Durante unos segundos, Cushing fue mirando a Whitman y al rifle, alternativamente. Por fin, decidióse. Con la dificultad propia de su postura, comenzó a desplazarse hacia la silla de montar. ¡Si lograba coger el rifle...!

Tardó diez minutos en recorrer los seis o siete metros; pero lo logró. Cuando se volvió hacia Alan Whitman, lo hizo con el rifle en su mano izquierda, apuntando el cañón hacia el dormido representante de la ley y la culata bajo el sobaco. Podía disparar, y hacer blanco con una sola mano.

Ahora, ya armado y por tanto más seguro de sí mismo, recorrió la distancia que le separaba de Whitman en pocos segundos, sin la lentitud a que le obligaron las precauciones anteriores.

Cuando llegó junto a Whitman, suspiró satisfecho.

Le apuntó el rifle al pecho.

Pero no pudo decir nada, porque la voz de Alan Whitman, que continuaba con el sombrero sobre los ojos y las manos sobre el vientre, preguntó:

—¿Has cogido el rifle, Bryan?

Bryan Cushing tenía tanta serenidad como pudiese tener Whitman, de modo que no se inmutó.

—Sí.

—Estás perdiendo el tiempo.

Bryan rió.

—Es posible, *sheriff*. Vamos, dame las llaves.

—¿Las de las esposas?

—Claro.

—No.

—Mira, chico, por tu bien...

Alan separó las manos de su vientre y se quitó el sombrero de la cara. Sonreía. Y sus dientes brillaron a la lívida luz del amanecer.

—¿Me crees idiota, Bryan?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque te estás jugando tontamente la vida. Aunque quizá sabes que no te voy a matar, que me limitaré a herirte.

—¿Lástima otra vez?

—Ajá.

Whitman volvió a sonreír.

—Eres una buena persona, Bryan —ironizó—. Pero, de todos modos, ni siquiera podrías herirme. El rifle está descargado.

Cushing lanzó un grito de rabia. Apartó el rifle de sobre el pecho de Alan y, apuntándole al muslo derecho, apretó el gatillo.

Clack, clack, clack...

¡Vacío!

Alan reía.

—Hombre, Bryan, ¿de verdad me consideras tan infeliz?

—¡Maldito seas...!

Cushing quiso golpear a Whitman en la cabeza con el cañón del rifle; pero estaba en muy mala postura, inclinado de forma que su cara quedaba relativamente cerca de Alan. No lo bastante para que el joven *sheriff* le llegase con las manos, pero sí con los pies.

Y uno de ellos golpeó a Bryan en la ceja derecha antes de que el pistolero hubiese podido emplear el rifle como arma contundente contra Whitman.

Bryan fue impulsado hacia atrás brutalmente por el feroz puntapié. Perdió enseguida el equilibrio, y cayó rodando, tras soltar el rifle.

Cuando quería levantarse vio ante sí las piernas de Alan Whitman.

—Quieto, Bryan. Yo tampoco quiero matarte, pero lo haré si me obligas a disparar contra ti.

Desde el suelo, Cushing miró a Whitman. Éste estaba a menos de un metro de distancia, con las piernas separadas; cerca de la derecha, la mano del *sheriff* colgaba junto al revólver que todavía no había creído necesario utilizar.

—Está bien, muchacho. Has ganado.

—Ganaré siempre que la pelea sea sin armas, Bryan. No olvides esto. Cuando quieras pelear contra mí, asegúrate de que tienes plomo en abundancia. Porque a tortazos ni hablar, Bryan.

Ayudó a su prisionero a ponerse malamente en pie; pero pensándolo mejor, lo hizo sentar de nuevo, para quitarle las esposas y colocárselas en las muñecas.

Cushing se estiró, pero ni aun así pudo llegar a los ojos de Alan Whitman, cuya superior estatura y musculatura eran evidentes.

—Nos pondremos en marcha enseguida. Pero antes te arreglaré lo mejor que pueda esa ceja. No debiste tocarme, Bryan; creí que éramos amigos.

Bryan Cushing sonrió.

—Y lo somos, muchacho, lo somos. ¿Qué duda cabe?

De la sonrisa pasó a la risa aguda, burlona. Bryan Cushing se notaba tan tranquilo, tan seguro de sí mismo y de que nada iba a sucederle, que Whitman se inquietó.

Minutos después, los dos hombres estaban a caballo.

CAPÍTULO II

CHEEKWELL: LA TRAMPA

Cheekwell.

Se veía abajo, en medio de varias colinas de crestas peladas y quemadas. No parecía un pueblo próspero y, desde luego, era más pequeño que Wilburville.

Alan Whitman torció el gesto.

—No me gustan los lugares en que hay tan poca gente —comentó.

—Trescientos.

Whitman miró a Bryan.

—Me apostaría el revólver a que ni siquiera llegan a trescientos.

—Trescientos.

—De acuerdo: trescientos. Tú y ellos...

—¿Qué?

—Nada. Ellos no tienen culpa de nada. Vamos. ¿Por qué te ríes?

—Libre.

—¿Otra vez con lo mismo? ¿Por qué diablos estás tan seguro de que en Cheekwell te librarás de mí?

—No te mataré.

Alan Whitman sonrió.

—Hombre, gracias; me tenías asustado.

—No.

—No... ¿qué?

—No tienes miedo.

—Claro que no. Y recuerda esto, Bryan: para que tú escapes de mis manos, tiene que correr mi sangre.

—Procuraré evitarlo.

—Gracias de nuevo. ¿Por qué diantres tuviste que meterte en aquello? Aunque tú eres un pistolero y yo un *sheriff*, nos llevábamos bien, ¿no?

—Seguro.

—¿Y bien? ¿Por qué no te estuviste quietecito mientras yo iba a por aquellos tipos, los Palmer?

—Y tú, ¿por qué fuiste?

—¡Hombre...! Acababan de asaltar el Banco, ¿no? Y yo cobro sesenta dólares del Ayuntamiento de Wilburville para evitar o remediar estas y otras cosas.

—¡Sesenta dólares! ¡Puag!

—Si vuelves a decir eso, Bryan, te rompo la cabeza a culatazos. Y me importaría un cartucho vacío que estés esposado. ¿Cómo va esa ceja? ¿Duele?

—Claro. ¿Te importa?

—Seguro. Pero tuve que hacerlo.

—No te disculpes.

—Eres un puerco, Bryan. ¿Somos amigos, sí o no?

El esposado pistolero sonrió.

—Claro, muchacho.

—Eso me gusta. Contesta, ¿por qué lo hiciste?

—¿Ayudar a los Palmer?

—Sí.

—Cosas.

—Como quieras. Esas «cosas» te van a costar algunos años de rejas.

—Ja, ja.

—Yo te perdonaría el culatazo, Bryan. De veras. Pero tengo un prestigio que defender, ¿comprendes? No podía admitir que el hombre que me dejó sin sentido, se escapase bonitamente. Por suerte, tu intento de que los Palmer y aquel otro se escapasen con el dinero, no cuajó.

—Ya sé que los agarraste. No presumas más.

—Tienes razón. Pero eso es satisfacción. Cuando a un hombre lo dejan sin sentido de un culatazo, y al recobrarlo consigue atrapar a los ladrones de un Banco, meterlos entre rejas, salir en persecución del hombre que los ayudó, regresar con éste y meterlo también entre rejas, la cosa es bastante satisfactoria, ¿no crees?

—Psé.

—¿Por qué ayudaste a los Palmer?

—Caprichos.

—Como quieras. Llegamos a Cheekwell, Bryan. Suerte.

—¿Suerte? No me digas que te gustaría que me escapase...

Alan Whitman no contestó.

Estaban entrando en Cheekwell, pueblo raquítrico, como dormido en el polvo que llegaba allí desde el Llano. Una sola calle, quebrada, un par de saloons, bazares, un hotel. Ciertamente, aquél era un pueblo insignificante.

¿Qué podía ocurrir allí?

Nada.

Absolutamente nada.

* * *

Ralph Hughes dejó de beber directamente de la botella, y señaló la calle, con uno de sus finos dedos, a través de la ventana del hotel.

—Ahí llegan.

—¿Lo atrapó?

Hughes se volvió hacia los tres hombres que jugaban al póquer sentados en los bordes de una cama y utilizando ésta como tapete.

—Si digo que llegan, es que viene más de uno. Y si viene más de uno es que Whitman atrapó a Bryan, pues es poco probable que éste agarre al *sheriff* y se venga para aquí con él.

—Bebe y calla, Ralph.

—Estupendo.

Bud Palmer rió.

—Eh, ¿qué os parece que pensará el *sheriff* de Wilburville cuando nos vea aquí?

—Lo sabremos pronto.

Bud Palmer continuó riendo.

—¿Y cuándo encuentre...?

—Cállate, Bud. Tengo tres sotas.

Ray Palmer rió chillonamente.

—Yo cuatro. Gano.

Charles Palmer se levantó, furioso.

—¿Cuatro sotas? —gritó.

—No, hombre. Si tú tienes tres sotas, ¿cómo voy a tener yo cuatro? Me refiero a cuatro sietes. ¿Te gustan?

Ray Palmer extendió las cartas sobre la cama. Cierto. Cuatro sietes.

Sus dos hermanos, Charles y Bud, gruñeron, disgustados:

—El día que te pillemos en la trampa, Ray, lo vas a pasar mal.

El mediano de los Palmer rió, mientras recogía el dinero. Hacía más de diez años que pesaba sobre él esa amenaza. Pero nunca se cumpliría porque él, Ray Palmer, no hacía trampas. Tenía suerte, eso era todo. Tanta suerte, que a veces ni él mismo creía en ella. Pero, de veras, era suerte. Una honrada y limpia suerte.

Guardándose el dinero se acercó a la ventana, donde ya estaban sus hermanos, junto al bien acomodado —en un sofá arrimado a la ventana— Ralph Hughes.

—¿Tiramos desde aquí? —sugirió.

Bud, el mayor, lo abofeteó con la mirada.

—Sólo sirves para hacer trampas en el juego, Ray.

—No hago trampas.

—Ya. ¿De modo que tú ya dispararías desde aquí?

—Bueno, no sé... ¿Es una mala idea?

—Es una malísima y estúpida idea.

Charles Palmer dijo:

—¿Por qué tenemos que matar también a Bryan? Al fin y al cabo, él nos ayudó cuando asaltamos el Banco de Wilburville. Precisamente por eso lo han perseguido y apresado.

—¿De qué nos sirvió su ayuda?

—Bueno, él no tuvo la culpa de que ese maldito *sheriff* sea un hueso duro y de que nos atrapase en las montañas.

—Cualquiera que te oyese creería que nos atrapó él solo.

—Eres un tío quisquilloso, Bud. Yo creo que cualquiera comprendería que nos atrapó él al dirigir acertadamente el puñado de hombres que se le ofrecieron voluntarios para formar la posse.

—Sea como fuere, es un tipo duro.

—Pero muy joven —rió Ray.

—¿Y eso qué tiene que ver, idiota?

Ralph Hughes se quitó la botella de la boca.

—Se acabó —gruñó.

Y la tiró debajo de la cama.

Charles insistió:

—Sigo creyendo que no tendríamos que matar a Bryan. ¿Qué vamos a ganar con ello? De acuerdo en que matemos al *sheriff* ése, que nos cazó y nos encerró, estropeándonos además un bonito golpe. Como somos rencorosos y vengativos, está justificado que le ahorremos la enorme molestia de disparar. Pero ¿por qué a Bryan?

—Acabas de decirlo, Charles. Somos rencorosos y vengativos, ¿no?

—Escucha, Bud. La cosa a que tú te estás refiriendo ocurrió hace ya muchos años. ¿Por qué removerla ahora? Bryan, al ayudarnos el otro día, demostró que la ha olvidado... o por lo menos, que ya no la tiene en cuenta. ¿Por qué has de tenerla, tú?

—Porque soy más rencoroso que él.

—Desde luego. Y él tenía razón cuando te linchó... Es decir, cuando te colgó del árbol en el que hubieses muerto ahorcado de no llegar Ray y yo.

—¿Apruebas que me ahorcase?

—Como hermano tuyo, no. La prueba la tuviste cuando le dimos a él aquella fenomenal paliza después de descolgarte. Pero cómo hombre, Bud, sin tener en cuenta si eres o no eres mi hermano, yo también te habría linchado. Aquello...

—¡Calla! —Bud Palmer se pasó la mano por el cuello; estaba un poco pálido—. Calla, Charles. Y no se hable más de, este asunto. Bryan tiene que morir. No vamos a dejarlo escapar ahora que lo hemos encontrado.

Charles Palmer rió, burlón.

—¿Ahora que lo hemos encontrado? —hipó—. ¡Hombre, Bud, no me hagas reír! De modo que nos pasamos un puñado de años huyendo de Bryan, y cuando la casualidad nos pone frente a frente, con todas las ventajas de nuestra parte, decimos «ahora que lo hemos encontrado». Escucha: ¿por qué no aceptamos que nuestro primo Bryan parece habernos perdonado y nos largamos de aquí, dejándolo a su suerte?

—Si él ha olvidado, yo no. Y no era necesario que me recordaras que es primo nuestro, Charles. Morirá igual.

—Sus motivos para matarte a ti son más poderosos que los tuyos para matarlo a él... y te ha perdonado. El tiempo...

—Basta, Charles. Quédate conmigo o vete con él. Pero cállate ya.

Charles Palmer miró a su hermano mayor; luego, al mediano. Incluyó la cabeza, volvió a la cama, se sentó en ella y procedió a liar un cigarrillo.

Hughes preguntó:

—¿Qué pensará el *sheriff* de Wilburville cuando nos vea aquí?

—Eso lo dije yo antes, estúpido —rugió Charles Palmer.

Ralph se rascó la cabeza.

—Quizá tengas razón. ¿Los matamos ya?

—No. Y ya lo dije antes.

—Esperaremos. No sé a qué, pero esperamos. ¿Qué es lo que esperamos, Bud?

—A que la cosa pueda resultar divertida. Bebe, Hughes.

Cogió una botella de la mesa y la lanzó al pistolero. Éste la agarró al vuelo, la destapó, se colocó el gollete en la boca y en esa postura se tiró sobre el sofá.

Los tres Palmer volvieron a las cartas.

Poco después, Ralph Hughes informó:

—El hombrecillo de abajo ya les ha dicho que no hay habitaciones para alquilar en este hotel. Se dirigen al otro... si es que aquello es un hotel... Fue una buena idea amenazar al hombrecillo de abajo para que no alquilase habitaciones. Ahora ese Whitman y Bryan van al otro hotel y allí encontrarán...

—Calla y bebe, Ralph.

—Estupendo. Lo has dicho mejor que antes.

* * *

Moira Wells levantó una mano y la puso sobre su corazón, como si con ello consiguiera amortiguar sus violentos latidos.

—Ahí llegan —musitó.

¿Por qué Alan Whitman tenía que salirse siempre con la suya? ¿No sería posible que alguna vez fracasase en algo? En algunos momentos, Moira creía que ella lo conseguiría; pero en otros, en los más sensatos, en los que no se dejaba llevar por su entusiasmo, por su deseo de salvar al hombre que amaba, veía completamente imposible vencer o engañar ella sola a Alan Whitman.

De todos modos, fuese como fuese, Whitman no encerraría a Bryan. ¡Oh, no! ¿Qué haría ella sin Bryan? Lo conocía de muy poco tiempo atrás; cuando el pistolero llegó a Wilburville. Entro una noche en el saloon, se sentó solo, a una mesa apartada, y fumó y bebió. Y cuando la miró... Cuando ella salió a actuar al escenario y él la miró... ¡Dios!

Ella era una chica de saloon, de esas que después de su actuación departe con los vaqueros, pistoleros..., ¿qué más da quien sea si la invita a beber o saca un *ticket* para bailar con ella?

Y él, Bryan Cushing, era un pistolero. ¿Qué importaba eso?

Era un hombre.

Y ella lo quiso al verlo. Lo quiso enseguida, como un estallido que hubiese estado preparándolo durante mucho tiempo. Y continuó queriéndolo cuando él le dijo —ella había ido hasta su mesa— que si la había mirado tan fijamente era porque le recordaba a otra mujer.

A Moira tampoco le importó aquello.

Bebió con él. Pero no bailó, porque Bryan Cushing dijo que aquello se quedaba para los botarates que no tuviesen sentido del ridículo. Ella le dijo que podía pedirle todo cuanto se le puede pedir a una mujer. Así, sencillamente. Se sonrojó cuando él le replicó que ella también podía pedirle a él todo cuanto se le puede pedir a un hombre.

Ocurrió.

Muchos días.

Y poco antes de lo del asalto, Bryan le había dicho que se marcharía de allí pronto.

—¿Me llevarás, contigo?

—No.

—¿Por qué, Bryan?

—Porque tú no eres para mí, Moira. ¿Comprendes? Tu presencia junto a mí, lo que me has dado, ha sido para mí como retroceder diez años, como si hubiese recuperado algo que perdí... Tú no has sido realmente tú, Moira. No te he amado realmente a ti.

—Ya lo sé.

—¿Y no te importa?

—No.

—Esta situación se puede soportar durante unas semanas, Moira. Pero no siempre. Yo no puedo vivir siempre como si tuviese diez años menos, como si tú fueses otra persona. Tarde o temprano, me daría cuenta de que tú eres tú.

—¿Y no quieres darte cuenta? —río lo he pensado. No es eso, en realidad. Pero creo que mereces más que ser el recuerdo de otra persona.

—Yo esperaré, Bryan.

—¿Qué esperarías?

—Esperaría a que tú vieses que yo era yo.

—¿Cuánto tiempo? ¿Durante cuánto tiempo te conformarías?

—El que tú quisieras, Bryan. Te amo. Y si no me llevas contigo, te seguiré adondequiera que vayas. Y cuando quieras recordar a la otra mujer, llámame y acudiré...

—¡Calla, Moira...!

—¿Por qué? Quiero que estés siempre bien seguro de que te amo, Bryan. Y que nunca te pediré nada. Lo poco o lo mucho que tú me des, será suficiente...

Suficiente.

Eso había dicho ella.

Y él se había marchado del camerino. Aquella noche no fue a verla. Ni la siguiente tampoco. Ella esperó. Esperó hasta que supo que Bryan Cushing había ayudado a escapar a unos hombres que habían asaltado el Banco, dejando sin sentido a Alan Whitman de un culatazo. Pero no esperó cuando supo que se había marchado de Wilburville. Fue tras él. Y cuando en Cheekwell, día y medio más tarde, Alan Whitman la alcanzó y adelantó en dirección al Llano Estacado, Moira comprendió que no tenía objeto cabalgar más, ya que Alan Whitman lo capturaría... para llevarlo a Wilburville, juzgarlo y enviarlo luego a cualquier prisión, en el supuesto de que no lo linchasen.

No, no lo lincharían. Alan Whitman lo impediría.

Y ella impediría que Bryan llegase ni tan siquiera a Wilburville. Aunque... aunque tuviese que matar a Whitman.

Por eso esperaba allí.

Y ellos llegaban ahora. Bryan, esposado; las esposas brillaban según cómo bajo el rabioso y desvaído sol del mediodía, que los jinetes soportaban con impavidez filosófica.

Llegaban ya.

Dejó caer la sucísima cortina que adornaba la ventana del miserable cuartucho de aquel indecente hotel.

Ella, Moira Wells, salvaría a Bryan Cushing fuese como fuese. No le importaría... Es decir, sí le importaría matar a Whitman, pero...

Estaba tan dispuesta a todo, que, si llegaba el caso, aceptaría incluso la ayuda del torpe, sucio, cruel y puerco «Dead» Shivers, que vivía en Cheekwell una casi perpetua borrachera en compañía de una muchacha india que merecía mejor suerte.

Seguro. Shivers la ayudaría..., aunque no pensase obtener luego nada de ella. La ayudaría, si ella se lo pedía, porque «Dead» Shivers tenía razones para odiar a Alan Whitman.

* * *

Los dos jinetes desmontaron.

Gran sol; calle adormecida; solitaria, excepto algún perro y algún caballo a los que no parecía intimidar el sol.

Alan Whitman sonrió.

—Eh, Bryan: Cheekwell.

CAPÍTULO III

UN CADÁVER DE TREINTA Y CINCO DOLARES

«Dead» Shivers tenía veintidós años, los cabellos rubio paja, y los ojos azul invisible; tan azules eran sus ojos, que, a veces, las cuencas parecían vacías, aunque con un maléfico brillo en el más profundo de sus rincones.

«Dead» Shivers, pese a sus veintidós años, era pura carroña. Pero no por desgracia, ni malas compañías, sino porque el muchacho, de por sí, era malo. Así, sencillamente: malo. Despiadado, cruel, asesino lleno de vicios, «Dead» Shivers convertía en desagradable su presencia donde quiera que estuviese. Era malo por gusto, por placer, porque hallaba verdadera satisfacción en serlo, en matar, en causar dolor. Y cuando verdaderamente lo conseguía, reía.

Empero, el aspecto físico de «Dead» Shivers no era desagradable. A menos que uno se fijase con cuidado en sus ojos. Al hacerlo, cualquier persona de defensas débiles, se sentía acobardado, escalofriado, casi asustado. La mirada de Shivers causaba verdadero frío en las personas de débiles defensas.

Las personas que soportaban la mirada de Shivers, generalmente, ocasionaban disgustos a éste. Y el mayor disgusto se lo había ocasionado a Shivers cierto *sheriff* tejano llamado Alan Whitman, cuando, cierto día, cansado ya de él, decidió expulsarlo de Wilburville... o matarlo, a gusto de Shivers.

«Dead» Shivers conocía la fama de Alan Whitman, y cuando éste fue a buscarlo para ordenarle que se marchase de Wilburville lo encontró desarmado. De momento, Whitman quedó desconcertado por la sorpresa, ya que le parecía imposible que un tipo como Shivers no llevase sus revólveres.

Pero comprendió enseguida.

Comprendió enseguida cuando vio el cuchillo con el que Shivers, «pulcramente», se estaba limpiando las uñas.

Encantador Shivers.

—«Shivers» —había llamado suavemente Whitman.

—«¿Qué hay?».

—«¿Y si te marchases de Wilburville?».

—«Estoy bien aquí».

—«No importa, chico. Márchate».

—«¿Por qué?».

—«Porque si no, te mataré».

Shivers había comenzado a reír, a su manera aguda, sibilante. Y se recreaba pensando dónde le clavaría el cuchillo a Whitman.

—«Usted es poco hombre para hacer eso, Whitman».

—«¿Tú crees?».

—«Seguro».

Alan Whitman había suspirado. Despacio, se dirigió hacia una de las sillas del saloon; se desabrochó el cinto y lo colgó en el respaldo, de modo que el revólver descansase en el asiento. Se volvió hacia Shivers, metiendo la mano derecha en el bolsillo de la cazadora. Cuando la sacó, se oyó el chasquido de una navaja de muelles.

—«Veamos si es cierto, Shivers, que los mestizos sabéis manejar el cuchillo incluso mejor que los mexicanos».

Shivers había enrojecido violentamente. Dejó su afectada pulcritud manual, y clavó sus ojos de azul invisible en los intensamente azules de Alan Whitman. Shivers, gracias a sus clarísimos cabellos y a sus aún más claros ojos, creía ocultar su mestizaje; pero el hecho de que en él destacasen tan poderosamente las características faciales de su padre, en lugar de las de su madre india, no ocultaban su condición racial. Y aludirla era ensanchar una herida que humillaba al muchacho.

Del rojo, Shivers pasó rápidamente al pálido. En aquel momento fue cuando, de verdad, comenzó a odiar a Alan Whitman. Y con ese odio en su corazón y su Cuchillo en la mano izquierda, Shivers, sin pronunciar ni una sola palabra más, se dirigió hacia Whitman.

Minuto y medio más tarde, con la mejilla derecha convertida en dos sangrantes miradas, «Dead» Shivers recibía un puntapié en el vientre y, casi simultáneo, un zurdazo al hígado, que le pilló de medio lado y le quitó el resuello.

Cuando lo recobró, estaba montado en su caballo, con los pies atados por debajo del vientre del animal, y a unas cuantas millas de Wilburville.

Le ardía la cara. Se llevó la mano allí y gritó de dolor cuando sus dedos tropezaron con la costra de sangre y polvo que ocupaba toda su mejilla derecha.

* * *

Ahora era una cicatriz limpia, pero horrible, que él procuraba ocultar por todos los medios, naturalmente sin conseguirlo. Antes, en mejores tiempos, algunas mujeres de saloon se habían sentido inclinadas gratuitamente hacia «Dead» Shivers.

Ahora...

Shivers miró con disgusto a la muchacha india que hacía algunos días lo compartía todo con él. Su disgusto no disminuía por el conocimiento de que su madre también había sido india. Al contrario, aumentaba. Aumentaba cada vez más, al comprender que dentro de unos años, un muchacho, posiblemente tan rubio como él, se oiría llamar mestizo como le habían llamado a él mismo.

¿Y qué?

¿Acaso había conocido él a su padre de otra forma que por las explicaciones de su madre? ¿Por qué su hijo tenía que conocerlo a él?

Bueno, quizá se precipitaba un poco; al fin y al cabo sólo llevaba algunas semanas viviendo con Kotsima. Claro que... ¡las indias son tan prolíferas...!

Kotsima se había acercado a la ventana, y ahora se volvió hacia él, que continuaba tumbado en el mugriento lecho que ya olía a mestizo y a india.

La muchacha dijo:

—Llegan dos hombres...

—¿Y qué?

—Uno es de la ley.

—¿Sí?

Se levantó y caminó hacia la ventana. ¡La ley! Su sangre se agitó, llena de odio. Algún día volvería a Wilburville y...

¡...!

¿Era aquello posible?

¡...!

¿Sus ojos veían bien?

Nada menos que Alan Whitman. El maldito Alan Whitman. Excitado, Shivers regresó junto a la cama y cogió el revólver que colgaba enfundado en

los hierros del respaldo de los pies del viejo mueble.

Colocó el cañón en la palma de la mano izquierda y abrió el tambor con seco y hábil movimiento. Cargado. Siempre cargado.

Su mueca era tan claramente expresiva de odio, que Kotsima se interpuso entre él y la ventana.

—Hankie...

Pero Hank «Dead» Shivers la apartó y llegó junto a la ventana con el revólver ya amartillado, ávido su dedo índice sobre el gatillo.

—Maldito...

Alan Whitman ya no estaba allí. Debía haber entrado en el hotel...

Se volvió, encaminándose hacia la puerta.

Kotsima se colgó de su brazo armado.

—Hankie..., ¿adónde vas?

—Suelta.

—No, no. ¿Es tu enemigo ese hombre?

—Sí.

—No bajes ahora. Estás borracho, Hankie...

—¿Borracho?

Kotsima señaló la botella de la que Shivers había estado bebiendo.

—Está casi vacía, Hankie.

—No importa. No estoy borracho.

—Lo estás, Hankie. Espera. Ten paciencia. Puedes matarlo luego, con menos riesgo. Yo te ayudaré.

—¡No! Tengo que matarlo yo. Y ahora. Tengo que matarlo enseguida. No puedo tener paciencia. Él me hizo esto...

Su mano izquierda se cruzó ante su rostro, para tocar la mejilla derecha... o lo que quedaba de aprovechable en ella.

Los ojos profundamente oscuros de la india brillaron, fieros.

—Entonces, Hankie, mátalos. Pero no ahora. Luego...

—Aparta.

—No...

Shivers movió la mano derecha, y el cañón del revólver golpeó duramente la barbilla de Kotsima, echándola hacia atrás, tambaleante, casi perdido el conocimiento. La sangre brotó por el forzado corte.

—Hankie... —logró murmurar la muchacha.

Sus ojos expresaban lo mismo que el perro que soporta las injustas iras de su amo.

Pero su amo la trató peor que a un perro, golpeándola brutalmente en el pecho con la mano izquierda. Kotsima cayó al suelo.

Shivers gruñó:

—Perra india... Esto te enseñará...

Jadeaba. No por el esfuerzo, que no había existido, sino por la rabia, por la fermentación en su estómago del malísimo alcohol que había ingerido. Sudaba.

Se pasó la mano por la frente.

—Hank... Hankie, no te... vayas...

—¡Cállate! ¡Cállate, india maldita y sucia! Te irás... de mi lado... No quiero verte, más... ¿Comprendes? ¡No quiero verte más! Cuando... cuando vuelva, no tienes que estar aquí...

Se dirigió hacia la puerta, cambiándose el revólver de mano para secarse en el pantalón el sudor de la derecha, que hacía resbalar el revólver.

Cuando la abría, Kotsima llegó junto a él arrastrándose, y sus dos manos se aferraron a uno de los pies del nombre al que le había dado lo poco que una india puede dar... según su humilde visión. Todo se lo había dado a su Hankie. Todo. ¡Pero ése todo era tan poco...!

Shivers reaccionó como la muchacha temía.

Se volvió, furioso, y su pie derecho, de lado, la golpeó en el cuello; consiguió separarla de sí y enviarla rodando, ya sin sentido, cerca de la cama.

Entonces, «Dead» Shivers salió de su habitación, anduvo silenciosamente por el pasillo y comenzó a descender las escaleras.

* * *

Bryan Cushing sostenía el vaso con las dos manos.

¿Quién podía dudar que Alan Whitman era un chico excelente? Un buen muchacho, eso es lo que era. ¿Cuántos, *sheriffs* convidarían o tan siquiera permitirían a su prisionero beber *whisky* durante una conducción?

¿O todo se reducía a que Alan Whitman estaba insensatamente seguro de sí mismo?

—¿Qué tal el *whisky*, Bryan?

—Malo.

—¡Hombre...!

—Gracias. Pero malo.

Whitman se dirigió al hotelero, casi cobijado tras el mostrador. ¿De qué tenía miedo aquel hombre? ¿Acaso no veía que él era la ley, y que nada malo

podía esperar de su presencia, sino todo lo contrario?

—Ya ha oído, amigo. Mi prisionero opina que su *whisky* es malo.

—Pu... pues nadie... nadie se queja...

Alan sonrió.

—Cierto. Los muertos no hablan, ¿verdad?

Después de gastada la viejísima broma, Alan sonrió al amedrentado hombre del mostrador, esperando que reaccionase.

Pero no.

No.

El hombre ni siquiera se esforzó en mover los labios en simulacro de sonrisa, aunque sólo fuese cortesía. Tenía demasiado profundamente grabada aquella mueca de miedo.

Whitman se encogió de hombros.

—No me diga que no ríe porque le da vergüenza, amigo.

Bryan rió, con su aguda burla de siempre. Le valió una disgustadísima mirada del hombre del mostrador, y unas cuantas miradas de los escasísimos clientes que a aquellas horas había en el hotel-cantina.

—No te esfuerces, muchacho —aconsejó—. Esto no es un pueblo: es un cementerio. ¿Has visto la calle? Ni un alma. ¿Demasiado sol? Es posible, pero no es el único pueblo sobre el que cae el sol. La gente parece como muerta...

—Digamos dormida, Bryan.

—No, no. Muerta. Muerta y bien muerta. Mira esos tipos: parecen cadáveres. Están ahí, sentados ante unas cartas y unas botellas, y en lugar de estar contentos, parecen muertos. Da asco verlos... ¿Qué le pasa, compañero?

Uno de los hombres de la mesa del rincón se levantó, y dio dos pasos hacia el frente.

Y contestó a Bryan:

—Yo no estoy muerto. Y si no estuviese esposado y llevase algún arma, podría demostrárselo.

—Oh, ¿de veras? —los ojos de Bryan se inmovilizaron—. Entonces, ¿por qué no le dice al *sheriff* que me suelte y me dé un par de revólveres? Se lo agradeceré mucho, compañero.

Alan rió.

—Siéntese —aconsejó al hombre—. Y continúe divirtiéndose. Pero con moderación; nada de excesos, ¿comprende?

Bryan volvió a reír.

—Seguro, chico: un cementerio. Pero te diré por qué. ¿O no te interesa?

—Me interesa, Bryan.

—Pues están así porque esperan que suceda algo. Algo gordo, claro, no que sople el viento del Llano. ¿Qué esperan, compañeros?

Su mirada se había tornado dura, fría; ya no reía. Pero no obtuvo respuesta. Se encogió de hombros y se volvió al hotelero.

—¿Vas a beber más, Bryan?

—Claro, chico. Es decir, si me convidas.

—¿No decías que es malo?

—Lo es. Pero el agua es peor. Mueva la botella, simpático. Y diga, ¿cómo se llama?

—Jerry Bloch...

—Pues echa *whisky*... o lo que sea eso de antes, amigo Jerry. ¿Jerry? Es nombre de idiota, ¿no?

El hombre palideció. Parte del licor que estaba escanciando, se vertió.

—Ya está bien, Bryan.

—¿Tú crees? Dime, muchacho: ¿aún no te has dado cuenta de que estos hombres saben algo que nos afecta? Por lo menos, te concierne a ti, sospecho.

—Me he dado cuenta. Pero no me importa. Lo que sea... será. A su debido tiempo, claro.

—Esperemos que tengas tiempo de saber lo que es.

—No me digas que te preocupas por mí.

—No lo diré, si no quieres; pero has acertado.

—Eres enternecedor, Bryan. ¿Cómo vas a poder escaparte mientras yo continúe con vida?

—Lo sabrás —y parodió—: A su debido tiempo, claro. Todavía diré otra cosa: no es el amigo Jerry el único de los presentes que tiene cara de idiota. ¿Cómo se llama, compañero?

El hombre que se había levantado antes de la mesa del rincón se removió, inquieto.

Whitman gruñó:

—Basta, Bryan. No estás en condiciones de buscar pelea.

—¿Ah, no? ¡Al contrario, chico! ¿Quién va a matarme yendo esposado y en tan buena compañía? El *sheriff* Whitman, compañeros. Una centella con el revólver. Ha conseguido apresar a Bryan Cushing... ¿Qué le pasa ahora, compañero?

El hombre de la mesa del rincón había abierto los ojos y la boca, como atontado por un fuerte golpe que hubiese expulsado todo el aire de su cuerpo. Cuando cerró la boca, su rostro estaba lívido.

Whitman estaba disgustado.

—¿Por qué tienes que decir quién eres, Bryan?

—Es un medio de defensa como otro cualquiera. Digo quién soy, los demás se asustan su razonable poquito y, aunque esté esposado y desarmado, me dejan en paz. Además, no me gusta que nadie intente nada contra mí creyendo que soy un infeliz.

—Está bien, Bryan. Todos sabemos ya que algo va a ocurrir. Mientras esperamos, y puesto que no vamos a continuar el camino hasta que el sol baje un poco, descansaremos como podamos.

—¿Cómo podemos? Yo pienso dormir en cama estas horas. Aunque la cama sea mala. Yo no soy un vaquero, chico, y eso de dormir tirado por el suelo acabaría pronto conmigo...

Se interrumpió.

Y el silencio fue ahora tan espeso que Alan Whitman supo lo que estaba ocurriendo. Lo supo antes de que aquella voz susurrara, fría y pastosa:

—Whitman...

Se volvió despacio.

Muy despacio.

No se debe tener prisa para morir.

—Hola, Shivers.

«Dead» Shivers no contestó. Estaba plantado al final de los escalones, con las piernas muy abiertas, la mirada turbia, los rubios cabellos cayéndole sobre la sudorosa frente. Un lamentable aspecto, a no ser por el revólver que empuñaba.

Whitman insistió:

—Hola, Shivers. ¿Un trago? ¿O ya has bebido, suficiente?

—Lo voy a matar, Whitman.

—No seas estúpido.

—Lo voy a matar...

—Estás puercamente borracho, Shivers. Créeme: ve a lavarte la cara, deja el revólver, y vuelve a beber un trago.

—Es usted un cobarde, Whitman.

—¿Sí? Hagamos una cosa, Shivers: tú me das el revólver a mí, y te quedas desarmado delante mío, sabiendo que tengo intenciones de matarte. ¿Te echarías a reír? Es natural que intente distraerte, hombre. Y hasta quizá consiga hacerte reflexionar y...

—Cállese.

—Escucha, Shivers: no quiero matarte. Sé buen chico. Yo lo fui contigo cuando me conformé con bajarte los humos hace algún tiempo en Wilburville.

¿Lo recuerdas?

Alan comprendió que había cometido un error. ¿Acaso no era eso lo que impulsaba a Shivers a querer matarlo? ¿Por qué recordárselo?

Shivers había entrecerrado los ojos. Sudaba más. La barbilla comenzó a temblarle. Todo él temblaba, excepto la mano derecha, estatuariamente fija orientando el revólver hacia Whitman.

La voz de Bryan Cushing, pese a lo suave e indiferente, resonó como un inesperado estallido que hizo vibrar más a Shivers:

—No lo alargues más, muchacho. Mátalo. Pero no a mí. No te pongas nervioso. Apúntale bien. A la cabeza. No lo olvides, muchacho: a la cabeza. El corazón queda muy pequeño dentro del gigantesco pecho de nuestro «querido» *sheriff*. Puedes fallar, aunque sólo sea por un milímetro. Y, ¿quién sabe?, quizá eso le permita disponer antes de morir. Si Whitman dispara, morirás. Tira bien este maldito *sheriff*, muchacho. Por lo tanto, dispárale a la cabeza. Con cuidado. No tienes prisa. Ninguna prisa. Él está indefenso. Tú tienes el revólver en la mano. No creas en esas fantasías que aseguran que ciertos pistoleros pueden anticiparse a la acción de otro hombre con el revólver ya empuñado. No son más que estúpidas mentiras. Ni yo sería capaz de hacerlo. ¿Has oído mi nombre? Bryan Cushing. Sí, muchacho: yo soy Bryan Cushing. Mira: tú matas a Whitman, y luego nos largamos los dos de aquí. Vamos, dispara ya. No lo pienses más. Cuando un hombre piensa, no actúa. Tú eres un hombre; no debí llamarte muchacho. Vamos, hombre, dispara. ¡No! Espera... Yo no quiero morir. Déjame apartarme...

Hank «Dead» Shivers parecía fascinado. Sus ojos estaban fijos en Whitman, pero sus oídos sólo eran ya útiles para escuchar a Bryan Cushing. Estaba tan auditivamente pendiente de Bryan que ni siquiera se le ocurrió dirigirle una rápida mirada.

Error.

Gran error.

Irreparable error.

Definitivo error.

Bryan Cushing, apartándose efectivamente de Whitman, había llegado a menos de un metro de él. El irónico pistolero vio la luz del fondo de los ojos del mestizo: latía el odio. Y el deseo de matar.

Dispararía.

Mataría.

Borracho o no, con motivos o sin ellos, Shivers iba a disparar.

Y lo hizo.

Pero su mano ya había sido desviada por el puntapié de Bryan Cushing. Una botella reventó en la estantería de detrás del mostrador, salpicando con su fuerte líquido al helado Jerry Bloch, que continuó inmóvil.

En realidad, todos estaban inmóviles, excepto Bryan y Shivers. El primero porque golpeaba con frenética prisa al segundo, con las esposadas manos.

Tuvo suerte.

Aquello fue sólo suerte, porque Shivers estaba confuso, desorientado; como en sueños recibía los golpes del pistolero, sin que pareciese tener intención de devolverlos.

Reaccionó por fin y gritó.

Pero cuando quiso luchar, los dos puños de Bryan le acertaron en la nuca. El mundo particular de Hank «Dead» Shivers se llenó de luces negras, rojizas, azules..., todas brillantes.

Oscuridad.

Oscuridad en su cerebro, en toda su capacidad sensorial.

Y silencio a su alrededor.

Bryan Cushing quedó jadeante, mirando el caído cuerpo del rubio mestizo a sus pies. Vio el revólver cerca de él. Dio un paso.

—Bryan.

Se volvió. Tenía endurecidas las facciones, brillantes los ojos.

Sonrió, pese a ello.

—Hola, chico —saludó humorísticamente.

Alan Whitman estaba pálido. Todavía tenía el vaso de *whisky* en la mano izquierda, en la misma postura que había adoptado al ir a dejarlo sobre el mostrador cuando apareció Shivers.

—No te acerques al revólver, Bryan.

—No pensarás dejarlo a su alcance para cuando despierte.

—Claro que no. Yo lo recogeré.

Whitman hablaba secamente; demasiado secamente. Y Bryan lo comprendió. La situación era insólita, absurda. Un pistolero detenido salva la vida a su aprehensor; y cuando aquél va a recoger un revólver, se le prohíbe. Todo era un contrasentido.

—Como quieras, chico.

—No me llames más «chico». Tengo edad para ser un hombre. Más que Shivers, ese que has... calmado.

—Muy bien, hombre. ¿Crees que podré dormir antes de que emprendamos de nuevo el viaje a Wilburville?

—Podrás dormir. A ver, amigo Jerry, ¿no hay alguacil en Cheekwell?

—Sí. Ya viejo, pero hay uno.

—Id a buscarlo... ¿Qué pasa?

—Es que... Bueno, desde anoche a primera hora nadie le ha visto. Su hija ha estado preguntando por él.

—¿Nadie sabe dónde está?

—No...

—Habrá ido a pescar —se burló Bryan.

—Seguramente. Hay buenos peces en el Llano Estacado —aceptó Alan—. Por lo menos yo puedo decir que pesqué uno.

Bryan frunció el gesto. Aquello no le gustó. Él no era pez.

Jerry Bloch tendía una llave a Whitman. Éste la cogió y dijo:

—Cuando Shivers despierte, decidle esto: que se vaya. Sólo él es el culpable de que yo vaya echándole de todos los sitios. Si no está conformé, puede buscarme. Ahora sé que está aquí, y...

Cortó la frase.

—Vamos, Bryan. Precédeme.

—De ninguna manera, chico. Tú primero...

—Acabó la broma. Arriba, Bryan.

—No tienes sentido del humor, chico.

—Ya llevo pantalones largos, Bryan.

—Claro, hombre —rió el pistolero—. Oye, ¿qué hubieses hecho de no estar yo aquí?

—Morir.

No hablaron más.

Cuando subían las escaleras, tuvieron que ceder el paso a una muchacha india, con magulladuras en el rostro y de aspecto dolorido.

Se detuvieron y la vieron abalanzarse sobre Shivers, sollozando. Se calmó pronto, quizá al comprobar que estaba vivo, al comprender que el disparo que había oído no había sido disparado contra el mestizo. Sus oscuros ojos se fijaron en la estrella que brillaba sobre la cazadora de Alan Whitman; luego, subieron hasta el rostro del representante de la ley. Permanecieron fijos unos segundos. Luego, inclinó la cabeza, pegando su mejilla izquierda, tersa e incólume, a la acuchillada mejilla derecha de Hank «Dead» Shivers.

Sin saber por qué, Alan Whitman se sintió un poco villano.

—Parece que lo quiere, ¿verdad, chico?

—Parece.

Llegaron al pasillo del único piso alto del hotel.

Abrieron la puerta de su habitación.

Eran dos hombres de temple, pero retrocedieron un paso.

Y quedaron inmóviles, contemplando entre sobrecogidos y sorprendidos el cuerpo del hombre que, ahorcado, pendía de una de las viejas vigas del techo.

Sobre el pecho del ahorcado, una estrella de cinco puntas, de latón, con su mezquino significado de treinta y cinco dólares mensuales.

¡Bah!

Total, aquella vida no valía más que eso: treinta y cinco dólares al mes.

CAPÍTULO IV

UN PISTOLERO APUESTA

—¿Crees que está muerto, chico?

Whitman arrugó el labio superior...

—Te dije antes que ya acabó la broma, Bryan. Pasa.

Entraron los dos.

—¿Lo descolgamos?

—Lo descolgaré yo. Tú querías dormir, ¿no?

—Hombre, chico...

—¿En qué quedamos?

Bryan sonrió.

—Hombre —puntualizó—. Pero ya no tengo sueño.

—Dichoso tú —gruñó Whitman—. Yo llevé dos noches sin dormir. No me atrevo a hacerlo llevándote a ti preso.

—¿Tan peligroso soy?

—Todos somos peligrosos.

—Menos ése —señaló Bryan con la barbilla al ahorcado—. El pobre hombre ya no proporcionará más molestias a nadie.

—Tú, sí. Acuéstate, Bryan.

—¿Por qué no te acuestas tú? Llevas dos noches sin dormir, vigilándome. Por eso me viste esta madrugada cuando me dirigí a coger el rifle. Debiste divertirme de lo lindo, ¿eh?

—No demasiado. A la cama, Bryan.

—Estás cometiendo un error, muchacho.

—Según tú, todos cometemos errores. Pero tú eres el esposado.

—Mejor esposado que desposado —rió Bryan—, ¿no te parece?

La expresión de Whitman perdió dureza.

—Hay amargura en tu voz, Bryan. ¿Por qué? ¿Te engañó alguna mujer?

Bryan Cushing palideció; más bien, se demudó.

—Me gustas más cuando hablas menos, chico.

—Es posible. Hace poco me salvaste la vida, Bryan.

—No me digas.

—Te he preguntado si te engañó alguna mujer.

—Ya lo sé. Del mismo modo yo podría preguntarte si tu madre estaba casada.

Alan Whitman enrojeció de ira. No debió hacerlo. Pero ya era demasiado tarde para pensarlo, porque Bryan había caído de espaldas en la cama, con el labio superior reventado por el violento puñetazo.

—Perdona, chico. Mi pregunta fue estúpida... por no decir otra cosa. Me perdonas, ¿eh?

Alan Whitman no contestó. Había aprovechado que Bryan estaba tendido en la cama para abrir una de las esposas, pasar la cadena por detrás de uno de los barrotes de la cama, y volver a cerrarla sobre la muñeca de su prisionero. Éste quedó encadenado a la cama, con los brazos por encima de la cabeza. Imposible escapar.

—No debí golpearte, Bryan.

—No te preocupes.

—¿Por qué me salvaste? Pudiste escapar con sólo dejar que Shivers me matase. Tú no hubieses sido el asesino. Y otra cosa, Bryan: tú nunca asaltaste bancos, creo. ¿Por qué ayudaste a aquellos hombres?

—Me resultaron simpáticos. ¿Me haces un gran favor, chico?

—¿Cuál?

—Límpiame la sangre del labio. Me molesta. Es asquerosa.

Whitman hizo lo que le pedía su prisionero. El labio superior, por dentro, tenía un profundo corte. Restañó la sangre lo mejor que pudo.

—No debí golpearte, Bryan —repitió.

—Ya lo sé. Oye, ¿y si descolgases el muerto?

—¿Te pone nervioso?

—¿A ti qué te parece?

—Que no. Pero lo descolgaré. Naturalmente, debe ser el alguacil, que desapareció anoche. En pueblos como éste no debería haber ningún representante de la ley. No lo merecen. Y cuando lo hay... Míralo. Por lo menos tenía cincuenta años. Para un pistolero joven, como Shivers, por ejemplo, es una presa fácil un hombre así. No. No se merecen tener ley.

—¿Y si lo descolgases?

—No te pongas pesado.

Alan extrajo de un bolsillo de su cazadora la navaja de resorte que siempre llevaba consigo; precisamente, la navaja que había dejado eterna huella en la mejilla derecha de Hank «Dead» Shivers.

Cuando cortó la cuerda no pudo impedir que el cuerpo cayese al suelo, escapándose de sus manos, que intentaron retenerlo.

El hombre estaba muy pálido, y mostraba la lengua, violácea y muy hinchada, como un trozo de madera pintada; el cuello se inclinaba hacia la derecha, dejando ver con toda claridad el tosco, imperfecto nudo corredizo.

—Fue un trabajo sucio. Ni siquiera sabían ahorcar... ¿Qué te pasa, Bryan?

—Nada...

—¿He dicho algo que te moleste? Pareces afectado. ¿Es por lo de que no sabían ahorcar quiénes hicieron esto? No son los únicos que no saben ahorcar. O el único, ¿qué más da? A ti te ocurre algo, Bryan.

Bryan Cushing tenía los ojos cerrados, la boca prieta. Dejó escapar un hondo suspiro cuyo significado desconocía Whitman.

—No me ocurre nada.

—Yo creo que sí; pero respetaré tu afirmación. ¿Quién puede haber ahorcado a este hombre?

—Cualquiera.

—Eso seguro. Pero en Cheekwell hay muy poca gente. El que haya hecho esto ha tenido unos buenos motivos... por lo menos para él, o ellos, porque creo que esto lo ha hecho un grupo.

Se detuvo.

Miró a Bryan; luego, a la ventana.

Bryan dijo:

—Llega un jinete.

—Ya le he oído.

Whitman se incorporó de junto al caído muerto, y se dirigió hacia la ventana. Llegó junto a ésta. Miró.

—Es una mujer —dijo—. Viste como un hombre, pero es una mujer. Una muchacha.

—A lo peor es la hija del muerto.

—A lo peor, sí. El amigo Jerry Bloch mencionó algo de la hija del alguacil. Creo que ella lo andaba buscando desde anoche, ¿no?

—Sobre poco más o menos. Empiezan a dolerme los brazos, chico.

—Eso quiere decir que los músculos están en buen estado. Bajaré a ver si esa muchacha es la hija del alguacil.

—El borracho del revólver ya habrá recobrado el conocimiento.

—Pero le debe durar la borrachera. Bajaré. ¿Quieres algo, Bryan?

—Súbeme *whisky*.

—¿Más?

—¿Por qué no? Puesto que no voy a poder moverme, ¿qué más da que esté borracho o no?

—Si lo que intentas es estar borracho cuando a la noche yo decida continuar camino hacia Wilburville, estás en un error, Bryan. Galoparemos aunque estés borracho del todo. Aunque tengas que ir cruzado sobre la silla.

—Té estoy cogiendo asco, chico. Déjame en paz y súbeme *whisky*.

—De acuerdo.

Antes de salir, Whitman dirigió otra mirada al muerto. Desagradable. Y triste. Volvió sobre sus pasos, apartó a un lado el cuerpo y lo cubrió con una manta.

Movió la cabeza pesarosamente.

No.

No le gustaría que la muchacha que acababa de llegar al hotel fuese la hija del muerto. Ciertas noticias son penosas de comunicar.

* * *

La vio de pie junto al mostrador, hablando con Jerry Bloch. Destacaba claramente la inquietud de la muchacha, no sólo por sus gestos nerviosos, sino por el tono de su voz.

Ella se calló cuando Jerry se quedó mirando fijamente al pie de la escalera, sin prestarle atención. Y se volvió.

Entonces, Alan Whitman parpadeó. Sólo eso. ¡Dios! ¿Aquella muchacha era hija de un hombre que había valido treinta y cinco dólares?

¿O no lo era?

Realmente, era muy difícil asociar de alguna manera al cadáver que acababa de descolgar con aquella chiquilla de grandísimos ojos oscuros, tez bronceada, fina; boca grande, de labios dulces; busto erguidísimo, prieto bajo la blanca y sencilla blusa.

Ella se había acercado a él, y lo miraba fijamente. Alan Whitman se convirtió en una pura sensación de calor, de felicidad; de agrado.

—¿De verdad es usted *sheriff*?

Whitman vibró. Si la pregunta la hubiese formulado otra persona cualquiera, era seguro que hubiese replicado con alguna burla.

Pero dijo:

—Sí. De Wilburville.

Dieciocho años. Ni uno más. Ni un día más. Dieciocho años llenos de vida y hermosura contenía aquel maravilloso cuerpo; dieciocho años tenían aquellos labios y aquellos ojos...

—Pe... perdone... ¿Cómo dice?

Los ojos de la muchacha se oscurecieron más.

—Decía que soy la hija de Wilson Byrnes, alguacil de Cheekwell. Y que mi padre desapareció anoche. Lo he buscado por todos los sitios donde podría estar, pero no lo encuentro.

Lamentable.

¡Dios! ¿Cómo decírselo?

Ella había fruncido sus hermosos labios. Cambiando bruscamente de ideas, Whitman se sorprendió pensando que aquellos labios tenían la curva cariñosa. Estuvo a punto de reír ante semejante tontería.

Ella puso una de sus manos sobre el antebrazo derecho de Alan.

—Le estoy preguntando si me ayudará a buscarlo.

—¿Eh? Oh, claro, la ayudaré a...

Se detuvo.

¿Soñaba? ¿O era que el Llano le producía ahora, después de dejarlo atrás, aquella alucinación?

Acababa de entrar un hombre en la cantina-hotel. Pero no un hombre cualquiera, no. Aquel hombre era uno de los que asaltaron el Banco en Wilburville, uno de los que él persiguió, consiguió capturar y luego encerrar.

Se llamaba... Ralph Hughes. Seguro. Él y los otros tres, los Palmer...

La muchacha le tiró con fuerza de la manga.

—*Sheriff...*

La miró.

Ya no tartamudeaba, ni tenía indecisiones.

—Seguro, pequeña: encontraremos a tu padre. Espérame aquí. ¡Enseguida...!

Había comenzado a caminar hacia Hughes, y no se sorprendió demasiado cuando éste se apresuró a ganar la puerta. Whitman apretó el paso. Salió al porche, quemado e hinchado por el sol.

Ralph Hughes estaba ya casi en el centro de la polvorienta plazoleta de Cheekwell, en dirección al otro hotel. No parecía muy preocupado por el hecho de volverle la espalda.

Lo llamó:

—¡Eh!

Hughes se volvió. Y sonreía extrañamente. Quedó plantado sobre el polvo, bajo el sol, con el sombrero muy echado sobre los ojos, las manos tensas muy cerca de los muslos... Le plantaba cara, eso era todo.

Whitman frunció el ceño.

Pero casi enseguida sonrió. Y así, sonriendo, sabiendo que aquel hombre era el cebo de una trampa que se le tendía, se volvió hacia la muchacha, que había ido tras él hasta la puerta.

Le tendió el revólver que perteneciera a «Dead» Shivers. Por cierto, ¿dónde estaba Shivers? Seguramente, la india se lo habría llevado.

—Toma. ¿Sabes disparar?

—Sí.

—Bien. Cuando oigas disparos que no sean del revólver de aquel hombre o del mío, dispara.

—¿Contra qué?

—Contra lo que quieras. ¿Has comprendido?

—Creo que sí.

—Hasta ahora.

Descendió a la calzada y comenzó a caminar.

* * *

Bryan Cushing ladeó la cabeza hacia la puerta. Por supuesto, no era Whitman quién se disponía a entrar, pues no hubiese adoptado tantas precauciones.

Bryan se pasó la lengua por los labios, y le escoció el superior, recién partido por el puñetazo de Alan Whitman.

Durante los segundos que la puerta tardó en abrirse del todo y dejar paso a su visitante, Bryan pensó cien mil cosas. Pero la que con más fuerza, la que con más insistencia se concretaba era que quién estaba abriendo podía ser perfectamente Shivers.

Y Whitman no estaba allí...

La puerta se abrió del todo.

—¡Moira!

Moira Wells, corrió hacia la cama. Temblorosos, sus labios se posaron sobre los de Bryan Cushing, mientras una de sus manos acariciaba las barbudas mejillas del pistolero.

Luego:

—He venido a salvarte, Bryan, amor mío.

El pistolero había quedado mudo. Sus ojos recorrían con incredulidad las facciones y cuerpo de Moira. Su asombro aumentó cuando vio el revólver que le mostraba la mujer.

—Dime lo que tengo que hacer Bryan.

—Marcharte.

—¡Bryan...!

—Eso es, Moira: marcharte. Vete, y espérame en Wilburville.

—No. ¡No! No me pidas eso...

—Te lo pido, Moira.

—Pero... Alan Whitman, ese maldito *sheriff*, quiere enviarte a presidio...

—Es un buen chico. ¿Llevas pañuelo, Moira?

—Claro.

—Entonces, límpiame la sangre del labio. Brota con demasiada fluidez.

Moira Wells se dedicó amorosamente a la tarea indicada.

—¿Te diste un golpe, Bryan?

El pistolero sonrió.

—No. Whitman me golpeó.

—¡Oh! El muy...

—Calla, Moira. Si alguien me hubiese dicho o sugerido lo que yo le dije a él, también le hubiese golpeado. Hasta es posible que le hubiese pegado un par de tiros.

—¿Lo disculpas?

—Lo comprendo. Lo cual, efectivamente, quiere decir que lo disculpo. Es un buen chico.

—Bryan, eso lo dijiste antes. ¿Acaso te resulta simpático ese *sheriff*?

—No lo sé exactamente. Pero te diré, Moira, que yo en su lugar, no me portaría tan bien con un pistolero prisionero.

—Lo admiras.

—Un poco —sonrió Bryan—. Pero la cosa está compensada. Él también me admira a mí... Aunque, claro, no creo que lo admita. Dime, Moira: ¿alguna vez has oído hablar de las «garras encantadas»?

—No.

—Yo tampoco. Es algo difícil de explicar. Pero Alan Whitman supo hacerlo con estas dos únicas palabras: «garras encantadas».

—No entiendo.

—Verás. Por cualquier circunstancia, un hombre se encuentra convertido en un pistolero de más o menos renombre. Nadie puede con él. Es invencible. Sus manos, sus garras que empuñan el revólver a velocidad increíble, son

temidas. Un día, por lo que sea, ese pistolero temido, invencible, veloz en el saque y en el disparo, decide no disparar, no matar. A todos nos llega ese día. Pero no todos se encuentran con un adversario como el mío, Moira. Normalmente, un pistolero de mi fama estaría ya acribillado a balazos en cualquier lugar del Llano Estacado. Pero yo estoy vivo. Pero no me lo debo a mí mismo, a mis garras. Se lo debo a otro hombre. Alan Whitman me persiguió, y me alcanzó. Al muchacho no se le ocurrió pensar en el peligro que corría al enfrentarse a solas conmigo. Él, sencillamente, cumplía con su deber. ¿Qué crees que hice yo cuando lo tuve a mi merced, pues fue un poco ingenuo al creer que me iba a encontrar dormido?

—¿Qué hiciste?

Bryan suspiró.

—Lo llamé. Le pregunté si me buscaba. El chico quedó un poco pálido, pese a que yo no empuñaba ningún arma. Sabía de mi rapidez para matar. ¿Crees que se acobardó? No. No se acobardó. Los dos fuimos a por nuestros revólveres. Yo llegué antes. Hubiese podido matarlo. Pero mi mano, como una garra encantada, se quedó pegada a la culata, agarrotada, fría, muerta. Whitman desenfundó. No me mató. Hubiese podido hacerlo, Moira, porque yo había buscado mi revólver. Si me hubiese matado, hubiese podido justificarse, incluso ante su propia conciencia. Pero él no me mató. Respetó mi miedo...

—¿Miedo?

—Exactamente, Moira. Tuve miedo. Al chico le vengo diciendo que le tuve lástima, pero eso es mentira. La verdad es que tuve miedo. Fue sólo durante un segundo, pero tuve un miedo terrible, atroz, que me heló, me inmovilizó, me agarrotó.

Moira Wells comprendió de pronto.

—¿Es decir, Bryan, que tú consideras que le debes la vida a Alan Whitman?

—Algo así. Porque aquel amanecer, Moira, no hubo una sola garra encantada. Hubo dos. Una, la mía. Otra, la de Whitman. Precisamente a la del chico debo el estar todavía vivo.

—Entonces, ¿no debo matarlo?

—¡NO! Ni él ni yo queremos admitirlo, pero somos amigos. La cosa parece absurda, ¿verdad? Pero cada uno de nosotros respeta lo que es y lo que vale el otro. No; no quiero que Whitman muera. Al contrario: haré todo cuanto esté a mi alcance para que viva mucho tiempo.

—A él no debe importarle tanto lo que te pueda ocurrir a ti, seguro.

—Nuevo error tuyo, Moira. Él está más preocupado por mí que yo por él. Moira se separó de Bryan, caminando hacia la ventana.

—Yo no soy muy inteligente, Bryan. Prueba de ello es que, pese a todo lo que me dijiste, te quiero... —se volvió y miró fijamente al esposado pistolero—. ¿Me has oído, Bryan?

—Sí.

—Me pareció que no. No, no soy muy inteligente. En realidad, debo ser tonta, porque no os comprendo ni a ti ni a él. No podré comprender nunca eso de que un *sheriff* esté preocupado por su prisionero, ni el prisionero por el *sheriff*. Los dos estáis locos.

—O los dos somos muy humanos, Moira. Los dos... —hizo una pausa—. Parece que es muy interesante lo que estás viendo por la ventana.

Moira se volvió.

Y rió nerviosamente.

—Es interesante —aceptó—. Muy interesante. Tu amigo Alan Whitman está avanzando hacia un hombre que lo espera, con las manos muy cerca de los revólveres en el centro de la plazuela.

Bryan forzó las esposas.

—¿Está solo ese hombre?

—Sí. Muy solo. Sonríe, creo. No puedo ver la expresión de Alan Whitman, porque está de espaldas a mí. Quizá él también esté sonriendo. De un loco puede esperarse eso y más.

—Atiende, Moira: Alan Whitman, ¿se dirige de frente a ese hombre... o camina de lado, separándose hacia uno de sus lados?

—¿Cómo puedes saberlo?

—¿El qué?

—Que camina de lado. Se mueve hacia la derecha; hacia su derecha, se entiende.

—¿Lleva el sombrero echado hacia la nuca o hacia delante, sobre los ojos?

—Hacia delante, sobre los ojos. ¿Cómo lo sabes?

Bryan Cushing relajó sus nervios. Y suspiró.

Y dijo:

—Un chico listo, sí. Le han tendido una trampa. ¿Tienes dinero, Moira? Ella se sonrojó.

—Un poco.

—¿Como cuánto?

—Doce mil dólares. He sabido ahorrar. No es mucho, pero...

—¿Que no es mucho? ¿Que no son muchos doce mil dólares ahorrados honradamente? No te burles de mí, Moira. Yo no tengo ni un centavo... y eso que no siempre he sido honrado...

—Mi dinero es tu...

—No sigas. Las cosas pueden arreglarse mejor. Haremos una apuesta. De doce mil dólares. Si yo gano, me darás ese dinero. Si ganas tú, yo haré lo que quieras. ¿Aceptas?

—Sí, Bryan.

—Va la apuesta. Yo digo que Alan saldrá con bien de la trampa que le han tendido. Espera que desenfunde... y verás.

—¿Qué harás con el dinero si ganas la apuesta, Bryan?

Bryan Cushing suspiró, profundamente, hondamente, dolorosamente.

—Me iré de Texas. A cualquier sitio. Y... Bueno, con doce mil dólares se puede empezar de nuevo en cualquier sitio.

Moira Wells no contestó.

Se volvió de nuevo hacia la ventana.

Pero no para ver lo que ocurría en la plaza de Cheekwell, sino para ocultar las lágrimas que brotaban en sus ojos.

Consiguió decir con voz normal:

—Alan Whitman se ha parado. Tiene las manos muy lejos del revólver...

CAPÍTULO V

LA TRAMPA

Bud Palmer manoseaba nerviosamente el rifle.

—¿Todavía no?

—Todavía no.

—Ese Hughes es un idiota. ¿Ni siquiera sabe llevar a un hombre a una trampa?

Charles Palmer se burló de su hermano mayor.

—¿Se te ha ocurrido pensar en la clase de hombre que debe ser ese *sheriff* para haber apresado vivo a Bryan, Bud?

—Es un hombre corriente —gruñó Bud.

—¿Sí? Bueno, pues dispara contra él.

—No puedo. No le veo bien.

—¿Y crees que es por casualidad? Ese Whitman ha sabido colocarse. Es muy difícil acertarle desde aquí. Y, en cambio, Ralph está al alcance de sus revólveres.

—Ralph es un estúpido.

Charles Palmer rió.

—Pues no le durará mucho su estupidez, hermanito. Por cierto: antes me expresé mal, pues ese Whitman no lleva más que un revólver. Es de suponer que sabrá utilizarlo...

—¿Qué ocurre ahora? ¿Por qué te callas?

—Ssst... Ralph está hablando con el de la estrella.

—¿Y qué dice?

—Si te callas, quizá podamos oírlo.

* * *

Alan Whitman decía:

—Tú ras Ralph Hughes:

—Sí, *sheriff*.

—Asaltaste el Banco de Wilburville hace unos cuatro días...

—Seguro.

—Te metí en la cárcel.

—Seguro.

—¿Escapaste?

—Ajá.

—¿Cómo?

Ralph Hughes rió:

—Fue muy sencillo. Usted dejó un carcelero muy deficiente. Bud Palmer siempre ha sabido cómo salir de cualquier celda.

Alan Whitman se demudó.

—¿Matasteis a Kane?

—Lo mató Bud Palmer. Tiene unos brazos muy fuertes. Y el tal Kane era muy ingenuo.

Whitman se pasó la mano por la boca. La tenía seca.

—¿Dónde está ese Bud Palmer?

—¿Quién sabe?

—Están aquí, Hughes. Él y sus hermanos están aquí, en Cheekwell. Me habéis tendido una trampa.

—¡Qué listo es usted, *sheriff*!

—Tienes razón. Y te voy a predecir lo que va a ocurrir. Y va a ocurrir muy rápidamente, Hughes. Escucha: ahora, dentro de pocos segundos, yo te mataré... ¿Te ríes? Eso es bueno para los que van a morir. Dicen que el que muere riendo tiene un aspecto más agradable. Pero escucha, Hughes, maldito: ni uno solo de los hombres que habéis tenido algo que ver con la muerte de Kane, saldréis vivos de Cheekwell. Kane tenía dos hijos. Era un buen hombre. Ni muy valiente ni cobarde. Pero era de lo mejor.

—Los mejores son los muertos —rió Hughes.

—Pues tú serás pronto de lo mejor.

—¿Sí?

—Claro. Fíjate: no hay nadie en la calle. Ni habrá nadie hasta que tú y yo hayamos dejado de disparar. Es decir, hasta que yo haya dejado de disparar. Primero morirás tú; luego mataré a los Palmer, aunque tenga que ir cazándolos uno a uno por Cheekwell... o por todo Texas. Y desde luego,

Hughes, desecha cualquier posibilidad que se te ocurra respecto a que yo caiga en la trampa que me habéis tendido... ¿Dónde están los Palmer?

Ralph Hughes gruñó:

—Todos ustedes son muy listos. Y muy fanfarrones. Lo mismo pasaba con el alguacil de este poblado y ahora —Hughes se pasó muy gráficamente la mano por el cuello y luego hizo el gesto de tirar hacia arriba— ¡zas! Colgado.

Alan se mordió los labios.

—¿Lo colgasteis vosotros?

—Puede ser.

Tenía que ser. De otro modo, ¿cómo iban a saber que el alguacil había aparecido ahorcado, si él aún no lo había dicho a nadie? La sangre de Whitman comenzó a calentarse demasiado. Había acudido fríamente al encuentro de Hughes, más dispuesto a apresararlo y llevarlo hacia Wilburville, que a matarlo.

Pero ahora...

Ahora lo mataría. Lo mataría por lo de Kane, el magnífico muchacho de Wilburville, y por lo de Wilson Byrnes, el alguacil de Cheekwell.

Lo anunció tranquilamente:

—Te voy a matar, Hughes.

—Oh, claro, claro —rió el pistolero—. Lo comprendo. Pero no me guarde rencor, *sheriff*.

Ralph Hughes había ido retrocediendo a medida que pronunciaba las últimas palabras. Whitman caminó también, manteniendo la misma distancia, aun sabiendo que Ralph Hughes tiraba de él hasta el lugar que le convenía, hasta el lugar desde el cual sería visto por, ¿por quién?

* * *

Bud Palmer casi gritó:

—¡Ahí está! ¡El muy imbécil...! Se coloca a tiro de rifle con toda tranquilidad.

—Todavía no le hemos matado —recordó innecesariamente Charles.

—Morirá enseguida. Parece que le admiras, Charles.

—No es eso. Pero el tipo que nos cazó por las montañas, pese a la desventaja de tiempo, me merece un poco más de cautela. Y fue Whitman quien nos cazó, ¿no?

—¡Bah! Suerte. Además, ya hablaremos sobre esto; llevaba muchos hombres. Ahora no lleva ninguno...

—¿Por qué te callas, Bud? —inquirió Ray Palmer—. ¿Qué es lo que estás tramando ahora?

—¿Por qué no dejamos que Ralph demuestre lo veloz que es con las armas? Él está convencido de que es una centella, ¿no? Pues que lo demuestre. ¡Jo, jo, jo...!

—¿Vas a dejar que Whitman lo mate?

—¿Por qué no puede ser que Hughes mate a Whitman?

—No digas tonterías. Pero no está mal pensado lo de Hughes. Hace algún tiempo que se estaba poniendo pesado con sus burlas y su continua botella de *whisky*.

Bud apoyó la culata del rifle en el suelo.

—Veamos el duelo.

—Será interesante, seguro.

Charles intervino:

—No me parece bien que le hagáis eso a un compañero. Y hasta ahora, Ralph se ha portado bien con nosotros.

—Tiempos pasados, pequeño. Los cuatro juntos nos estábamos haciendo demasiado famosos. Cállate ya y veamos cómo muere el buen amigo Ralph.

Ray Palmer rió.

—Es de esperar que sabrá hacerlo como un hombre.

—Y si no sabe, tanto peor para él. Mirad. Los dos están quietos ya. De un momento a otro, desenfundarán.

Charles insistía:

—No me gusta lo que hacéis. Ralph espera nuestra ayuda. El plan fue atraer a Whitman; y lo ha conseguido. Deberíamos ayudarle.

—¿Te quieres callar? Van a disparar de un momento a otro...

* * *

Pese a que en un principio se había desplazado de lado para evitarlo, Whitman se dio cuenta de que finalmente, había sido llevado al lugar que menos le convenía.

Sabía que ahora estaba a tiro de quienesquiera que ayudasen a Ralph Hughes a tenderle la trampa, pero no podía desviar su atención del hombre que tenía delante.

No podía hacer eso.

Dentro de un segundo, de un minuto, de una hora, de una milésima de segundo, en cualquier momento, pero siempre inesperadamente, Ralph Hughes creería llegado el momento de disparar, de matar...

Para ese momento, tenía que estar atento, fijos sus ojos en...

¡Ahora!

Ralph Hughes había movido la mano.

Rápida.

Veloz.

Descendió, curvada por la muñeca, con los dedos separados, el pulgar ya tenso, esperando el contacto del percutor para alzarlo, el índice ya casi notando el gatillo.

Quizá Hughes no creía necesario ser demasiado rápido.

Quizá no.

Quizá creyó que apenas él iniciase el movimiento de saque, desde la ventana del hotel, Bud Palmer dispararía con su rifle contra Alan Whitman.

Quizá creyó eso.

Por eso, su mano no fue demasiado rápida.

¿O fue quizá que pese a su gran rapidez pareció lenta en comparación con la de Alan Whitman?

Porque mientras los dedos corazón y anular de la mano derecha de Ralph Hughes tocaban la garganta de su revólver, impulsándola hacia arriba, fuera de la funda, para asirlo en el hueco de la palma, levantar el percutor y apretar el gatillo, el revólver de Whitman ya había tronado.

Una sola vez.

Ralph Hughes logró desenfundar su revólver porque su mano ya estaba lanzada, ya llevaba impreso ese movimiento; los músculos obedecieron más por el impulso que todavía por la voluntad consciente.

El revólver saltó de la funda, arrancado por los dedos anular y corazón; pero no fue para ir a parar al hueco de la mano, sino para caer sobre el polvo, girando, lejos de Hughes.

Éste estaba tosiendo; tenía el pecho lleno de sangre, y ambas manos agarrotadas en la herida, como intentando impedir que continuase saliendo.

Sus ojos habían dejado de fijarse en Whitman, y ahora, ligeramente vuelta la cabeza, miraba un poco hacia lo alto, con expresión de reproche, de asombro, de incredulidad.

Tosió más.

A través de las lágrimas de dolor y del velo turbio que ponía ante sus ojos la muerte, Ralph Hughes vio la sonrisa de Bud Palmer.

—Pero... pero... ¿Por qué...?

Cuando caía, primero de rodillas y luego de cara al polvo, vio a Whitman ya vuelto hacia el hotel, disparando en abanico hacia la fachada, todavía desorientado, pero orientado en parte por su última mirada a Bud.

Mientras la pierna derecha de Ralph Hughes se agitaba, en trágica patata, Bud Palmer apretaba el gatillo de su rifle, tras apuntar concienzudamente al amplio pecho de Whitman.

El disparo falló. Sólo acertó al *sheriff* en una pierna.

Pero no los de Sheila Byrnes, que había aparecido junto a Alan Whitman.

—¡Márchate!

La muchacha ni siquiera contestó. Disparaba de nuevo, mejor dirigidos sus disparos que los que había efectuado Whitman antes de caer de rodillas al suelo.

* * *

Bud Palmer, muy pálido, tras soltar el rifle, se volvió a su hermano menor.

—¡Idiota! ¿Por qué me has empujado?

Charles Palmer también estaba pálido, mirando la sangre que brotaba de un hombro de su hermano mayor.

—Lo... siento, Bud.

—¿Lo sientes? ¡Estás loco! Has conseguido que ese maldito *sheriff* salve la vida. ¿Por qué? Por todos los diablos del infierno, Charles: ¿por qué? ¿No has podido dejar que lo matase tranquilamente?

—No, Bud. No me pareció..., no me pareció bien.

Se habían apartado momentáneamente de la ventana. Ray taponaba apresuradamente la herida que Bud mostraba en el hombro izquierdo, sin hacer ningún caso a la discusión que sostenían sus dos hermanos.

Bud rugía:

—¿Que no te pareció bien? ¿Has oído, Ray? A nuestro hermanito no le pareció bien que quisiésemos matar a ese *sheriff*. Es de lo más gracioso que he oído en mi vida. Escucha, Charles, pequeño, ¿no hemos estado siempre de acuerdo?

—Sí.

—¿No eres tú tan asesino como nosotros dos...; tan asesino como lo era Ralph?

Charles Palmer palideció más. ¿Cómo negarlo?

—Sí.

—Entonces, ¡maldito seas!, ¿por qué no me has dejado matar a ese *sheriff*?

—No... no lo sé.

—Déjalo ya, Bud —intervino por fin Ray—. No es momento de discutir. La hija del alguacil continúa disparando. Lo hace bien.

—Demasiado bien. Esa mocosa va a pagarme bien cara la herida que me ha causado con sus disparos. ¿Quién diablos la habrá metido en esto?

—Linchamos a su padre, ¿recuerdas?

—Claro que lo recuerdo. Pero ella no puede saberlo...

—Puede saberlo. Cuando la vimos pasar se dirigía al hotel de Jerry. Y éste le dio a Whitman la habitación que le indicamos, es seguro que ya han descubierto el cadáver. Y Whitman puede habérselo dicho ya a la muchacha.

—Puede haberle dicho que su padre ha muerto, pero no que hemos sido nosotros quienes lo hemos hecho. ¿Cómo lo sabría?

—Es cierto.

Charles gruñó:

—La culpa de todo cuanto está ocurriendo es tuya, Bud. De modo que acepta las consecuencias de tus planes.

—¿Ah, sí? ¿Qué quieres decir, pequeño?

—Que no se debe conservar el odio durante tantos años. Bryan nos ha demostrado ser mucho mejor que tú. Ahora podríamos estar lejos, ya que tuvimos la suerte de que aquel carcelero de Wilburville se te pusiese cerca...

Bud rió, satisfecho.

—¡El muy idiota! Casi me dio vergüenza matarlo, tan flaco y flojo.

—Pero no debiste colgarlo. Ya estaba muerto, ¿no?

—Colgado se ventilaba más.

—Estás loco, Bud. Tú sí que estás loco. Vas por ahí haciendo daño a todo el mundo. Somos alimañas los tres, ya lo sé. Pero Ray y yo matarnos y ahí acaba todo. Tú no. Tú no te conformas con matar. Tienes que colgar, más tarde o más temprano, a todos los que tienen la desdicha de ser tus enemigos...

—Cállate.

—¿Por qué? Ahora no tenemos otra cosa que hacer sino hablar. ¿Y sabes por qué, Bud? Te lo diré: porque no podemos salir de aquí. En cuanto salgamos, Whitman se echará sobre nosotros. Y no creo que una herida en la pierna le impida disparar. ¿Os habéis dado cuenta? Sabe lo que hace. Cuando lo vi aparecer caminando hacia Hughes, con el sombrero tan caído sobre los ojos, estuve a punto de reírme, porque el sol le daba en la espalda. ¿Para qué,

pues, protegerse los ojos? Pero cuando se ha vuelto y ha disparado hacia aquí, el sol le ha dado en la cara, y seguramente, le hubiese cegado de no haberse puesto el sombrero de esa forma.

—No lo idealices tanto. Todo fue casualidad.

—¿Casualidad? ¿De modo que tú crees que Whitman ha llegado hasta cerca de aquí a tontas y a locas, sin sospechar que se le tendía una trampa, sin cuidar todos los máximos detalles para defenderse de cualquier ataque, viniera de dónde viniese, llegara de dónde le llegase? ¡Oh, no, Bud! Whitman no hace nada por casualidad.

—Ahora estaría muerto si tú no me hubieses empujado.

—Ya lo sé. Pero todavía podemos matarlo.

—¿Cómo? ¿Asomándonos a la ventana y que entre él y la muchacha nos acribillen? No tendríamos tiempo de disparar ni una sola vez.

Charles sonrió.

—Entonces, salgamos a la calle. Vayamos a buscarlo. Entre los tres podemos matarlo.

—¿Eso es lo que tú quieres, Charles? ¿Matarlo de frente?

—Justo. ¿Vamos o no? Todavía debe estar en la calle.

—Quédate aquí. Charles.

—No. Tú has venido en busca de venganza, Bud. Pero no odias tanto a Whitman como a Bryan. Pensaste que si Whitman capturaba a nuestro primo, sería facilísimo matarlos a los dos. Pero antes no quisiste disparar, Bud, cuando los dos llegaron a Cheekwell y estaban a tiro. Ray no sabe por qué, ni lo sabía Ralph. Tú dijiste que la diversión duraría más. Pero no fue por eso que decidiste aplazarles la muerte...

—Cállate.

—Yo sé por qué no quisiste que disparásemos entonces, Bud. Fue porque no quieres que Bryan muera...

—¡Cállate!

Bud Palmer había desenfundado su revólver y lo tenía, apuntando temblorosamente al estómago de su hermano.

Ray se interpuso.

—¿De verdad estás loco, Bud? ¡Enfunda ese revólver! ¿Serías capaz de disparar contra nuestro hermano?

La tirantez del rostro de Charles se difuminó en una sonrisa.

—Seguro que dispararía contra mí. Y luego, me colgaría. Es lo que siempre hace... si puede. Ahora, Bud, voy a hacer una cosa. Supongo que no te gustará, pero voy a hacerla. Voy a salir a la calle. Iré a advertir a Bryan de

que estás aquí, esperando tu momento para satisfacer el viejo odio que te trastorna. Luego, yo solo, puesto que no queréis acompañarme, desafiaré al *sheriff* de Wilburville. Seguramente me matará. Adiós.

—¡Vuelve aquí, Charles!

El menor de los Palmer ni siquiera le hizo caso. Abrió la puerta, dispuesto, al parecer, a cumplir lo dicho.

Pero antes de que hubiese podido salir, su hermano Ray se acercó velozmente a él por la espalda; desenfundó un revólver y golpeó con el cañón, con fuerza, la cabeza de su hermano.

Lo sostuve en los brazos, sin dejar que cayese al suelo. Luego, arrastrándolo, lo llevó hasta una de las camas y lo dejó tendido en ella.

Se volvió hacia Bud.

—Esta maldita trampa se ha vuelto contra nosotros, Bud. ¿Y sabes una cosa? Estoy de acuerdo con Charles en que la mayor parte de culpa de que así haya ocurrido es tuya. Ahora estamos aquí encerrados con ese *sheriff*, vivo, esperándonos. Y sólo somos tres, no cuatro. Pero tú ya te has divertido dejando que Whitman matase a Ralph. Me gustaría saber lo que está haciendo ahora Whitman, porque así sabríamos lo que tenemos que hacer nosotros...

* * *

Sheila Byrnes había ayudado a Whitman a levantarse.

—Era una trampa —dijo la muchacha—. Usted ya lo sabía, ¿verdad?

—Sí —gruñó Alan—. ¿Qué haces tú aquí?

—Le ayudo. ¿Por qué me tutea ahora?

—No sé...

—No se preocupe; no me molesta. Vamos; le ayudaré a llegar al hotel y le limpiaré la herida. Por suerte la bala ha salido. ¿Puede caminar solo?

—No —mintió Whitman—. Tendrás que ayudarme.

—Bien. Pase un brazo por mis hombros. Así... ¿Puede ahora?

—Mejor. No comprendo cómo han podido fallar un disparo tan fácil.

A esta distancia se puede destrozarse la cabeza de un hombre con un solo disparo.

—Usted disparó contra ellos. A lo mejor los puso nerviosos.

—No. Disparé sin saber adónde. ¿Me seguiste hasta aquí?

—Sí. Comprendí que usted quería que disparase aunque fuese al aire porque esperaba el ataque a traición y con mis disparos desconcertaría a los que le tendiesen la trampa.

—¿Y por qué no lo hiciste así?

La muchacha sonrió débilmente.

—Estoy acostumbrada a luchar a favor de los hombres que llevan una estrella al pecho. No olvide que mi padre... ¿Qué le ocurre? ¿Por qué se detiene?

Whitman quitó su brazo de sobre el hombro de la preciosa y decidida muchacha. Quedó frente a ella, mirándola fijamente, con una ternura que reveló a Sheila lo que él no se atrevía a decirle.

—Sabe..., sabe usted algo de mi padre, ¿verdad?

Whitman afirmó con la cabeza.

—Dígame lo que sea.

—Está muerto.

Sheila Byrnes inclinó la cabeza.

Hacía un sol terrible.

Un sol que podía abrasarlo todo.

Un perro olisqueaba el cadáver de Ralph Hughes, todavía solitario en el centro de la plazuela. Luego, el perro ladró, triste, su morro manchado de sangre.

Cuando la muchacha levantó la cabeza sus ojos estaban secos, muy brillantes.

—¿Quién lo mató?

—No lo sé.

—Está bien. Lléveme junto a él.

Whitman puso una mano sobre un hombro de la muchacha, cariñosamente. Intentó sonreír.

—Tendrás que llevarme tú a mí, Sheila.

Ella lo miró. Alan se sintió un poco sobrecogido por la profundidad de aquellos ojos oscuros, por la tragedia que latía en ellos.

No quiso demostrar que veía temblar los labios de la muchacha.

Sheila dijo:

—Sí, le llevaré.

Whitman pasó el brazo por los hombros. La muchacha cogió su mano, que sobresalía hacia delante por el otro hombro; comenzaron a caminar.

Atrás quedaba un muerto, un perro y mucho sol.

* * *

Moira Wells se volvió hacia Bryan Cushing.

—Has ganado la apuesta, Bryan. Whitman vuelve. Le han herido en una pierna. Le ayuda la hija del alguacil. Por cierto que la chica está desesperada buscando a su padre.

—¿Cómo lo sabes?

—En este poblado se sabe todo. Y la chica va preguntando a todos. ¿Dónde se habrá metido el hombre?

—¿El alguacil?

—Claro.

—Lo encontramos Whitman y yo. Está junto a ti, Moira.

Moira se volvió hacia su derecha. Ella ya había visto anteriormente el bulto que formaba aquella manta en el suelo, pero no pensó en lo que pudiese ser. Toda su atención había estado dedicada a Bryan, y a lo que iba a ocurrir en la calle.

—¿No lo miras, Moira?

—No. ¿Para qué? ¿Qué me importa a mí? Te traeré el dinero, Bryan.

—¿Qué dinero?

—El de la apuesta.

—¿Lo tienes aquí? ¿Llevas contigo, yendo sola, nada menos que doce mil dólares?

—Sí. Pensaba... Bueno, creí que aceptarías escapar de Whitman y venirte conmigo... Quiero decir que me pareció que me aceptarías a tu lado, Bryan.

—Hace tiempo que hablamos sobre esto, Moira.

—¿Y no has cambiado de opinión?

—No.

Moira inclinó la cabeza.

—Bien... Si no me quieres, volveré a Wilburville...

—No he dicho eso. Sólo que...

La mujer se había inclinado sobre Bryan, besándole apasionadamente en la boca.

—¡Oh, Bryan! ¿Por qué? ¿Por qué no podemos...?

—Vete ahora, Moira. Y recuerda que no quiero que a Whitman le pase nada. Sé que te atreverías a matarlo.

—Por ti, sí. Pero puesto que no quieres salvarte...

—Me salvaré. Vete. Él llegará de un momento a otro.

Ella lo volvió a besar más suavemente esta vez.

—Adiós, Bryan.

Salió.

Todavía le quedaba una buena carta por jugar. Y gracias a ella, Alan Whitman no se llevaría preso a Bryan Cushing.
Moira Wells no entró en su habitación.

CAPÍTULO VI

SHEILA ENCUENTRA A SU PADRE

La tensión era patente en el interior del hotel-cantina.

Jerry Bloch, el propietario, se mordía nerviosamente los labios cuando entraron Alan y Sheila.

Se los mordió más fuertemente cuando Whitman se dirigió en línea recta hacia él, siempre apoyado en la muchacha.

—Hola, Jerry.

—Ho... hola, señor...

—Whitman, hombre. Me llamo Whitman. He vuelto de la trampa.

—Me... me alegro.

Alan sonrió.

—Yo creo que no demasiado. ¿Y sabes por qué?

—No, no... Yo... le aseguro que me alegro...

—No sé si creerle, amigo Jerry, porque mi vuelta significa que tendrás que darme explicaciones respecto a... Bueno, ya sabes lo que había en mi habitación, ¿no?

—¡Oh! Sí, claro... Ellos me obligaron. Lo mataron anoche, por ahí. Y me lo trajeron aquí...

Sheila le interrumpió:

—¿Está hablando de mi padre, Jerry?

—Sí, Sheila; lo siento. Yo... yo no pude hacer nada. Ellos vinieron, ya tarde, y me dijeron que tenía que dejarlo en una habitación y que ésa es la que tendría que darle a Whitman cuando pasase por aquí...

—Podía no haber pasado por aquí —apuntó Whitman.

—Difícilmente. Volviendo del Llano, se tiene que pasar por aquí, camino de Wilburville. Y si pasó a la ida, ¿por qué no a la vuelta?

—Cierto. Y hasta parece que adivinaron que yo capturaría a Bryan.

—Tanto si lo capturaba como si lo mataba, usted pasaría por aquí.

—¿Y si me hubiese matado él a mí?

Jerry. Bloch se encogió de hombros.

—No sé.

—Todavía no nos has dicho, amigo Jerry, quiénes son ellos.

—Eran cuatro. Uno lo acaba de matar usted. Los otros tres...

—No sigas. ¿Por qué mataron al alguacil... a... al padre de ella?

—Tampoco lo sé. Me pareció...

—Sigue.

—Me... me pareció que no querían molestias para cuando usted llegase.

—Ya. Y por eso... —Alan Whitman endureció las facciones—. Y por eso lo mataron, ¿no?

—Su... supongo que sí.

Whitman alargó un brazo y cogió a Bloch; por la pechera.

—¿Sabes lo que tendría que hacer yo ahora, amigo Jerry? Tendría que marcharme, así, tranquilamente, dejando a tres hombres vivos que serían capaces de mataros a todos los cochinos y cobardes puercos que vivís en este maldito Cheekwell. Eso tendría que hacer. Pero no lo haré. No. Los mataré. A los tres que quedan. Os demostraré cómo reacciona un hombre cuando le obligan a cosas que no van de acuerdo con sus pensamientos, sentimientos o ideas...

De la mesa del rincón se destacó el mismo hombre que, poco antes, no estuviera de acuerdo con las palabras de Bryan Cushing.

—Si yo llevase una estrella al pecho, también hablaría como usted, *sheriff*.

—Hablar es fácil, ¿verdad? ¿No es eso lo que está pensando?

—Eso mismo.

Whitman sonrió.

—Acérquese.

El hombre sabía que no tenía nada que temer de la ley. Se acercó, tranquilo.

Pero palideció intensísimamente cuando Alan Whitman se quitó la estrella que llevaba prendida en la cazadora y avanzó hacia él con la placa en la mano.

—¿Qué... qué va a hacer?

—Voy a darle la oportunidad de que diga lo que piensa. Desde ahora, yo soy un hombre cualquiera, y usted es *sheriff*. Veamos quién lo hace mejor: usted con estrella o yo sin ella.

—Oiga, *sheriff*...

Whitman le clavó un dedo en el pecho.

—Se equivoca, *sheriff*. Me llamo Alan Whitman. Sólo eso. Ya no represento a la ley. Ayúdame, Sheila.

—Sí.

Comenzaron a subir las escaleras, pero Whitman se volvió a mitad del tramo.

—Alguien debe saber lo que se hace con los muertos, ¿no? Arriba hay uno. Muévanse. Avisen a quien sepa lo que tiene que hacer. Amigo Jerry, ¿me ha entendido?

—Des... cuide, señor... Whitman. Se... hará lo... lo que...

Whitman ya no le hacía caso. Continuaba subiendo.

Cuando llegaron arriba tuvieron una desagradable sorpresa. Muy desagradable.

Alan frunció el ceño.

—¿Otra vez tú, Shivers? ¿Quién te ha dado ese revólver?

Hank «Dead» Shivers rió. Ya no estaba tan borracho.

—Un amigo —dijo—. Y a cambio sólo me pidió una cosa: que lo matase, *sheriff*.

—Te equivocas, Shivers. Ya no soy *sheriff*.

—No importa. Usted sigue siendo usted, lleve o no lleve la estrella. Y yo le odio, Whitman. ¿Sabe por qué?

—Claro. Y también sé que te has empeñado en matarme. ¿Quieres un buen consejo, Shivers?

—Dígalo. Quizá lo acepte.

—Márchate. Desaparece. No te pongas más delante mío. Matándote haría un bien al mundo entero. Eres un mestizo carroñoso. Ni siquiera tienes la inteligencia necesaria para comprender que puedo matarte en cuanto quiera. ¿Tan seguro estás de ti mismo que ésta vez ni siquiera has empuñado todavía el revólver?

—No le temo, Whitman. Saque.

Alan rió burlonamente.

—Puede que no me temas ahora, Shivers. Pero hace algún tiempo, no demasiado, sí me temías. Me temías hasta el punto de que preferiste usar el cuchillo. ¿Recuerdas? Te pareció que de esa forma podías vencerme. La cosa no te salió bien entonces con el cuchillo. ¿Crees que te va a salir bien ahora con el revólver?

—Maldito sea, Whitman.

—Por última vez, Shivers. Márchate. Te espera tu india. Carga con ella y sed felices por ahí. Voy a pasar de largo, hacia mi habitación. Lo hago por tu bien...

Comenzó a caminar, pero ya sin apoyarse en Sheila. Ella había comprendido lo que inevitablemente tenía que ocurrir, y se quedó retrasada y hacia la izquierda de Whitman.

—¡Whitman...!

El grito de Shivers fue feroz, casi inhumano, casi doloroso.

Pero no era necesario gritar. No era necesario advertirle de palabra que iba a disparar contra él, que lo odiaba, que quería matarlo.

No.

No era necesario, porque Alan Whitman lo sabía ya. Y sabía también que Hank «Dead» Shivers iba a disparar.

Las dos manos derechas se movieron, a cuál más vertiginosa. A cuál más rápida.

Sonaron dos disparos.

Uno de ellos pasó por encima de Alan Whitman, inofensivo en su desvío forzado por la muerte.

Por la muerte.

Por la muerte, porque el disparado por Whitman se clavó, implacable, en el pecho del rubio mestizo, tumbándolo de espaldas instantáneamente.

De su mano se escapó el revólver prestado, de su pecho un profundo suspiro... y sangre.

Whitman se inclinó sobre él, tras enfundar su revólver.

Cuando levantó la vista, sus ojos tropezaron casi con choque violento con los de la joven india. No podía tener más de quince o dieciséis años. Estaba de pie en el umbral de la puerta de una habitación. La que debían haber ocupado ella y Shivers.

Tenía los ojos muy negros y profundos, y expresaban más edad de la que tenía su cuerpo.

Esperaba, silenciosa, estoica.

Whitman dijo:

—No está muerto. Ven. Ayúdame.

La india obedeció rápidamente. Lo llevaron al interior de la habitación y lo dejaron sobre la cama que olía a india, a mestizo. Tenía el pecho bañado en sangre.

—No he querido matarlo —dijo Alan—. Por ti. Te vi antes. ¿Lo quieres?

—Kotsima lo quiere.

—Bien. Quizá muera. Quizá viva. Si vive es para ti. Pero cuando pueda escucharte, dile que la próxima vez lo mataré. ¿Se lo dirás?

—Sí.

—¿Quién le dio el revólver?

Kotsima señaló hacia la pared.

—Ella. Dijo que quería ayudarlo.

—Ya ves que no le ha ayudado.

—Yo lo sabía.

—Recuerda, Kotsima. La próxima vez lo mato. ¿Tú sabes que él es malo? ¿Sabes que es cruel, que es un asesino, que es un mestizo?

—Sí.

—¿Lo quieres?

—Sí.

—¿Te pegó él antes?

—Sí.

—¿Y lo quieres?

—Sí.

—Cuídalo. Tus hijos no serán tan indios como tú, pero serán más indios que él. ¿Comprendes?

—Sí.

—¿Sabrás extraerle la bala?

—Sí.

—Adiós.

Whitman y Sheila salieron al pasillo. No había nadie en él, lo cual tenía su gracia. Ni siquiera la persona que había proporcionado el revólver a Shivers se había atrevido a salir. Dará ver el resultado de su maniobra.

—¿Es aquí? —preguntó Sheila.

—Sí, aquí.

Whitman abrió la puerta. Desde allí, para una persona que supiese que en la habitación había un cadáver, era fácil deducir dónde estaba éste.

Sheila Byrnes corrió hacia el bulto cubierto por la manta.

Pero Bryan Cushing ya había preguntado:

—¿Qué han sido esos disparos, chico?

—Shivers.

—¿Otra vez?

—Sí.

—¿No estaba desarmado?

—Alguien le dio un revólver. Cállate, Bryan.

—¿Por qué...? Oh, comprendo.

Sheila se había vuelto hacia Alan. Ahora sí lloraba. Silenciosamente. Su rostro estaba blanco.

—No... no era necesario matarlo. Él no hubiese... no hubiese podido hacer nada contra esos pistoleros.

Whitman miró al suelo. ¡Dios! ¿Por qué aquello?

—Lo siento —musitó—. Creo que parte de la culpa es mía. Si yo no hubiese tenido que pasar por aquí...

Sheila miró a Bryan.

—¿Ése es el hombre que le obligó a pasar por aquí?

—Sí.

—Ninguno de los dos tienen culpa de nada. Esos hombres y otros como ellos, matan porque les gusta. Algunos no soportan las placas de la ley. Son asesinos. ¿Me ayudará a matarlos?

—Cálmate, Sheila.

—Estoy bien. Tranquila. ¿Me ayudará?

—Te ayudaré. En todo. Pronto vendrá Jerry o los hombres que se encarguen en Cheekwell de enterrar a los...

—Puede decirlo: los muertos. Mi padre está muerto. Y decirlo no significa ningún insulto. ¿Se marcha?

Whitman habíase dirigido hacia la puerta, aunque sin dejar de mirarla.

—Sí; pero volveré enseguida. ¿Te importa?

—No.

Ella dijo no; pero pensaba «sí» Whitman la confortaba con su presencia. No sabía exactamente por qué, pero estaba bien con él. Y ahora... Ahora que estaba sola... Se le había ocurrido la idea de que él no se separaría nunca de su lado...

¿Con qué derecho? ¿Por qué pensar en eso... precisamente en aquellos momentos?

—¿Dónde dejaste la placa, chico?

La voz de Bryan había roto el encanto.

—La he regalado. El hombre que quiso meterse contigo parecía tener ganas de ser *sheriff*. Veremos lo que hace...

Whitman saltó velozmente, en agilísimo salto, hacia un lado de la habitación fuera de la línea visual de la puerta. Ésta se había entreabierto un poco.

Pero no sonaron disparos, ni apareció nadie en el umbral. Tan sólo pudo verse una mano, que arrojó algo brillante al interior de la habitación.

El representante de la ley rió duramente.

—No es valor lo que sobra en Cheekwell —comentó.

Se inclinó, recogió la placa y, sin hacer caso de los apresurados pasos que sonaban en el pasillo y luego escaleras abajo, volvió a colocársela sobre el pecho.

Bryan Cushing rió.

—Es tu destino, chico. Acéptalo con resignación.

—¿Con resignación? Hay tres hombres en este cochino pueblo que van a lamentar mi especial manera de aceptar las cosas con resignación. Seguro que lo lamentan.

—¿Vas a matarlos?

—No ahora. Sheila.

La muchacha dejó de acariciar la frente de su padre.

Lo miró.

—¿Qué?

—Me gustaría verte llorar. Dicen que es bueno.

—No..., no puedo ahora.

—Comprendo. Si te lo he dicho es tan sólo porque... Bueno, me gustaría estar contigo cuando suceda.

—Le avisaré.

Alan Whitman sintió un odio feroz hacia los hombres que habían llevado a cabo aquella muerte estúpida, aquel linchamiento tanto más grotesco cuanto que innecesario.

Al mismo tiempo se sintió debilitado por la entereza de Sheila.

¿Entereza?

¿O era simplemente que todavía no se había dado cuenta exacta...?

—Volveré enseguida.

Salió de la habitación.

CAPÍTULO VII

DOCE MIL DOLARES

Moira Wells vibró, temerosa, cuando sonó la llamada a su puerta. Sabía que Alan Whitman había vencido a Shivers. Y todavía no sabía si alegrarse o sentirlo.

La llamada se repitió.

Abrió la puerta.

—Hola, *sheriff*.

Alan Whitman quedó petrificado.

—¡Moira! ¿Qué haces aquí?

—Viajo. Me he marchado de Wilburville. Estaba harta.

—¿De veras? —ella asintió con la cabeza—. ¿Puedo pasar?

—Desde luego. ¿Cómo ha sabido que estaba aquí, *sheriff*?

Whitman parpadeó.

—No sabía nada. Pero alguien me indicó esta habitación. ¿Tienes algo contra mí, Moira? En Wilburville siempre me pareció que éramos amigos... en el buen sentido de la palabra.

—Lo somos.

Whitman suspiró.

—Entonces, naturalmente, no eres tú quien ha proporcionado no hace mucho un revólver a «Dead» Shivers.

—He sido yo.

—¿Por qué? ¿Querías que me matase?

—Sí.

—No entiendo nada. ¿Qué tienes contra mí, Moira?

—Bryan.

—¿Bryan Cushing? ¿Qué pasa con él?

—Lo amo.

Whitman abrió la boca. En un instante lo comprendió todo. Ni siquiera iba a molestarse en hacer más preguntas.

Pero dijo:

—Bryan es un pistolero.

—Y usted un *sheriff*.

Alan rió.

—Has pronunciado tú la palabra *sheriff* con mucho más desprecio que yo la palabra pistolero. Es más: yo ni siquiera la he pronunciado con desprecio. Tú sí. ¿Por qué?

—Yo amo a Bryan. Lo mismo me da que sea pistolero o *sheriff*. Ni creo que, como hombres, un *sheriff* sea mejor que un pistolero.

—Me dejas atónito, Moira. ¿Desde cuándo os amáis? ¿O me he expresado mal, pues quizá él no te ama a ti?

—Me ama.

—Permíteme dudarle. Y permíteme que, sin estúpida modestia, te asegure que no soy ningún imbécil. Y he estado en la calle el tiempo suficiente para que tú hubieses podido dar a Bryan el revólver que has proporcionado al desdichado Shivers. Has tenido tiempo de entrar en mi habitación y dar el revólver a Bryan. Seguro. Y no me digas ahora que él no lo ha aceptado. No me digas que no ha querido el revólver.

—No lo ha querido.

—¿Por qué?

Moira se retorció las manos.

—No lo sé. Y si no me pareciese una tontería, diría que Bryan le aprecia. Incluso dijo que usted estaba preocupado por él.

Whitman sonrió, acariciándose la barbilla.

—¿Eso dijo?

—Sí. Está loco.

Ahora, Whitman rió.

Y aceptó la aseveración de Moira.

—Cierto. Bryan está loco de remate. No me ha gustado lo que has hecho, Moira. Es... es casi como si tú hubieses disparado contra mí.

—Pero no lo he hecho. Él me lo prohibió.

—Comprendo. O sea que, tal como he pensado, lo viste mientras yo estaba fuera. Él te dijo que no quería matarme ni que me matases tú. Entonces, se te ocurrió la magnífica idea de hacer que me matase ese pobre mestizo. Obedecías a Bryan pero, al mismo tiempo, yo dejaba de ser un obstáculo. Bien pensado. Pero muy desagradable para mí, Moira.

—¿Le interesa el dinero, Whitman?

—El dinero siempre es interesante.

—¿Doce mil dólares le parece una cantidad interesante?

—Menos que ciento veinte mil... Pero más que sesenta mensuales. ¿Por qué?

Moira sacó del armario una gruesa maleta de tela de alfombra. La abrió, y comenzó a sacar billetes. Los reunió en un montón bien ordenado y se acercó a Whitman.

—Doce mil dólares. No tengo más. ¿Es suficiente para que Bryan pueda... escaparse casualmente?

Whitman sonrió.

—Es suficiente.

Cogió el dinero y se lo metió entre la cazadora y la camisa. Se dirigió a la puerta y la abrió. Moira había caminado junto a él.

Ya en el pasillo, Alan comentó:

—Una vez me dijeron que las mujeres sois capaces de darlo todo, de hacerlo todo por el hombre que amáis. Casi me inclino a creerlo.

—¿Casi?

—Casi. Sólo casi. Porque yo podría pedir todavía un poquito más, Moira.

—No tengo más.

—Sí, tienes más. Mi última palabra, Moira: doce mil dólares... y un beso de tus hermosos labios.

Moira Wells pareció recibir un violento choque. Pero se rehízo inmediatamente. No dijo nada. Se limitó a acercarse más a Whitman y, alzándose sobre las puntas de los pies, lo besó en la boca, fríamente.

—¿Pago completo? —susurró casi inaudiblemente.

Whitman se sintió abochornado. No había tenido derecho a hacer aquello.

Su bochorno aumentó cuando aquella fina voz, a su espalda, anunció:

—Ya se han llevado a mi padre. Adiós..., *sheriff*.

Se volvió, rápido. Pero Sheila Byrnes ya se alejaba pasillo adelante, erguida la cabeza.

¿Qué podría estar pensando la muchacha en aquellos momentos? ¡Era tan fácil adivinarlo! Pero ella estaba equivocada. Él no se dedicaba a besar mujeres mientras su padre yacía muerto...

Una estúpida broma.

Eso había sido: una estúpida broma. ¿Por qué hacerse besar por Moira, si no le interesaban sus labios..., ni siquiera su dinero?

¿Y bien?

¿Por qué le preocupaba tanto lo que estuviese pensando Sheila en aquellos momentos?

—Me parece, Moira...

Se volvió hacia ella mientras hablaba. Pero escogió el mismo momento en que la mujer cerraba la puerta de su habitación.

Whitman se encogió de hombros. A veces, los hombres se metían en líos estúpidos que a nada conducían. ¡Batí! ¿Por qué complicarse la vida?

Se dispuso a acudir junto a Bryan, pero entonces se abrió la puerta de otra habitación.

Kotsima.

La muchacha india no dijo nada. Pero sus ojos no tenían aquella corriente expresión india inescrutable. Sus ojos expresaban demasiado claramente lo que ocurría... lo que había ocurrido.

Alan Whitman supo que aquella india estaría sola cuando tuviese a su hijo.

—¿Ha muerto? —preguntó.

Kotsima no contestó. Lo miraba tan fijamente, tan expresiva e inexpresivamente a la vez que Alan, otra vez, se sintió villano. ¿Por qué lamentar la muerte de un hombre como Hank «Dead» Shivers? ¿Había sido, en efecto, el haberlo matado?

—No supiste extraer la bala, ¿verdad?

Una sola lágrima en cada ojo de Kotsima.

—Lo siento —musitó Whitman. Y como ella continuase allí, inmóvil, gritó—. ¡Sí, lo siento! ¡De verdad, lo siento!

Se metió en su habitación. Quedó con la espalda apoyada en la puerta.

—¿Ha muerto Shivers? —preguntó Bryan.

—Sí. ¿Me has oído?

—Claro. Has gritado mucho. Eres un chico raro, *sheriff*. ¿Qué te importa a ti que un tipo como Shivers haya muerto?

—Dejemos esto. Tengo que marcharme. Sheila se sentirá mejor si yo estoy a su lado cuando entierre a su padre.

—Es una chica preciosa.

—Pero eso no importa ahora, Bryan.

—Siempre importan esas cosas. ¿Vas a dejarme aquí, esposado?

—¿Por qué no? En este pueblo sólo hay tres hombres que parecen peligrosos. Los mismos a los que ayudaste a escapar cuando asaltaron el Banco en Wilburville. Los encarcelé, pero uno de ellos mató a mi ayudante.

Escaparon. Primero iré junto a Sheila. Luego, los mataré. ¿Qué te ocurre, Bryan?

—¿Están aquí los Palmer?

—Así se llaman. Creí que ni siquiera los conocías.

—¿De modo que para ti soy tan necio de ayudar a escapar a unos hombres a los que ni siquiera conozco?

—¿Yo qué sé?

—Los Palmer son primos míos, chico. Carne de horca. Una vez colgué de un árbol a uno de ellos. Lo hubiese linchado, te lo juro. Pero entonces, llegaron sus hermanos. Lo descolgaron y me dieron la mayor paliza de mi vida.

—¿Y a pesar de eso les ayudaste?

—El tiempo pasa. Uno procura olvidar. El odio es malo. Un hombre que lleva guardado un odio en el corazón es siempre un desdichado. Y yo no quería serlo. Ni siquiera quise serlo cuando ella murió...

—¿Tu mujer?

—Sabía que eras listo, chico. Mi mujer. La mejor mujer del mundo. Era... ¡Dios! No puedo explicarte cómo era.

—Lo comprendo.

—Gracias. ¿Sabes por qué quise colgar a mi primo Bud, chico? Lo quise ahorcar porque, aprovechando mi ausencia, él se llegó a mi rancho. Alice estaba sola. ¿Por qué había de temer nada del primo de su marido? Nada había que temer. Pero ocurrió. Bud es una bestia. Nunca sabré por qué decidí volver más pronto a casa aquel día. Los vi. Alice estaba..., estaba desnuda, chico. Y Bud... ¡maldito sea! No quiero odiarlo, pero cada vez que recuerdo... Casi lo maté a puñetazos. Luego, lo colgué del viejo álamo de la explanada. Quería que muriese. Sí, entonces quería que muriese.

—Pero sus hermanos lo salvaron.

—Sí. Durante diez años he querido olvidarlo todo. Creí haberlo conseguido. Y para convencerme a mí mismo, cuando los vi asaltando el Banco, quise ayudarles. Era una manera como otra cualquiera de convencerme a mí mismo de que no les guardaba rencor. Pero los odio, chico. Los odio con toda mi alma...

—¿Tu mujer murió a consecuencia...?

—¡No! ¡Eso no! Bud no consiguió nada. Si así hubiese ocurrido... Escucha, chico: ¿sabes quién mató a mi mujer, a mi adorada Alice?

—No.

—¡La maté yo! ¡Yo! Esto es gracioso, chico. Maté a lo que más amaba. Yo no era entonces un pistolero. Lo fui luego, cuando me marché, cuando quise olvidarlo todo... La maté... Eso es lo único que no podré olvidar mientras viva... Ella iba a tener un hijo. Eso ocurría bastante tiempo después de lo de mi primo Bud. Un hijo. Un hijo, chico. Eso es algo grande, ¿eh?

—Sí.

—Fíjate: ella iba a tener un hijo. Mío. Eso era tan estupendo que yo no podía ser más feliz. Trazamos un millón de planes para el niño. Nació muerto, chico. Y ella..., ella también murió. Yo la maté. Y mataré a todas las mujeres que tengan la desgracia de ir a tener un hijo mío. Soy..., soy un extraño asesino...

—¡Calla, Bryan! ¡Estúpido pistolero, cállate! Y no llores, maldito...

—¡Si no lloro, chico...! Es... Son lágrimas de risa. ¿A ti no te han saltado nunca las lágrimas de tanto reír?

—Calla, Bryan. Y quiero que sepas que no todas las mujeres han de morir porque lleven un hijo tuyo. Eso es una tontería.

—¿Sí? Pues no quiero tener ninguna más. Ya te he dicho que soy un extraño asesino.

—Escucha, Bryan: si te llevo a Wilburville, te condenarán a unos cuantos años de cárcel. Alguien me ha pagado por tu libertad.

—Moira Wells. Doce mil dólares. Devuélveselos. No es su dinero lo que me empujará hacia ella. Ni ninguna otra cosa.

—Ella me ha asegurado que la quieres.

—Es cierto, claro. Pero no la llevaré nunca conmigo. Precisamente, porque la quiero. No deseo matarla.

—Estás loco, Bryan. No todas las mujeres soportan del mismo modo el mismo trance. No te obstines.

—Tenías que marcharte, chico.

Whitman se encogió de hombros.

—Como quieras. Hasta luego, Bryan. Recargaré el revólver porque no sería extraño que tus primos me atacasen. Supongo que se habrán dado cuenta de que no están cercados en su habitación del hotel que se reservaron para sí, haciéndome venir a mí..., a nosotros mejor dicho, a éste. Seguro. Se habrán dado cuenta de que pueden moverse libremente. Y lo aprovecharán. ¿Te importa que los mate, Bryan?

—Preferiría hacerlo yo.

—Eso no podrá ser. Eres un prisionero, Bryan. ¿Te lío un cigarrillo?

—No.

—Entonces, fumaré yo.

Bryan enarcó las cejas. Le pareció tonto que Whitman se pusiese a fumar en aquellos momentos. No le pareció tan tonta la cosa cuando vio caer al suelo las llaves de las esposas que lo trababan a la cama de viejos hierros.

Whitman no había visto caer la llave. Terminó de liar el cigarrillo, guardó la bolsita, y encendió el fino cilindro.

—Hasta luego, Bryan.

—Chico.

—¿Qué?

—¿No has perdido nada?

Whitman sonrió.

—No, nada. Por lo menos, nada que me importe —se tocó el revólver. Si así fuese me hubiese dado cuenta.

Bryan Cushing miró la llave, en el suelo. Luego, al *sheriff*.

—Suerte —deseó.

Whitman rió aún más.

—Lo mismo te deseo. ¡Ahí! Como de momento no me van a hacer falta, dejaré aquí los doce mil dólares. Al fin y al cabo, tendré que devolverlos, ya que tú no has aceptado escapar.

—Lamento haberte fastidiado el negocio.

—Oh, no te preocupes. Quizá haya alguno mejor... para mí.

Salió de la habitación y, poco después, estaba en la calle.

* * *

—Ahí va —gruñó Bud Palmer.

—Debe ir a ver cómo entierran al alguacil. ¿Qué hacemos?

Bud se retiró de la ventana.

—Nada. Esperaremos.

—Esperaremos..., ¿qué?

—A que vuelva. Y cuando lo hayamos matado, iremos a por Bryan. ¿Estás mejor, Charles?

El menor de los Palmer lanzó un gruñido. Le dolía la cabeza. Pero se propuso que su hermano no consiguiera sus propósitos respecto a Bryan Cushing, al fin y al cabo, su primo.

—¿Qué hora es?

—Como las cuatro. Ese Whitman no tardará más de una hora en volver. A las cinco podremos matarlo.

CAPÍTULO VIII

GARRAS ENCANTADAS

Eran más de las cinco.

Todavía había mucho sol, aunque ya un poco ladeado, oblicuo. Y, como la tarde anterior, rebrillaba sobre la placa que Alan Whitman portaba prendida en el pecho.

Regresaba solo. Sheila habíase mantenido apartada de él. No de un modo forzado, queriendo que él se diese cuenta de ello, sino con una naturalidad que acongojó a Whitman.

Bien.

Un hombre moría, linchado. Pero no. Primero había sido estrangulado por un fuerte brazo. Y presentaba heridas de golpes en la cara. Un hombre moría linchado. Y su hija, que quedaba sola, sólo podía hacer por él que darle sepultura. Una sepultura rápida, piadosa ciertamente. ¿No era acaso de lo más absurdo tener expuestos los cadáveres un día o dos? Además, ¿quién hubiese ido a verlo?

Alan volvió la cabeza.

No.

Ella no venía.

Todavía debía estar en la pequeña loma que se utilizaba como cementerio; sí, debía estar allí, junto a la tumba de su padre, orando por su alma.

Alan Whitman estaba triste. Había matado a dos hombres y había encontrado un muerto, pero todo ello no le afligía tanto como el despego de Sheila Byrnes. Una muchacha..., una chiquilla de dieciocho años. Él tenía casi veintiséis.

Y a esa edad, de pronto. Alan Whitman se sintió viejo y cansado.

Él también estaba solo.

Tan solo que...

El caballo obedeció.

Bien.

Allí estaban los tres.

Los Palmer, claro. Estaban frente a su hotel, en el porche, fumando. No llevaban rifles ahora, pero uno de ellos, con esa clase de arma, le había infligido antes la herida en el muslo que le impedía caminar bien. Dolía. Pese al vendaje, dolía.

—Pero no puedo hacerles frente montando. El caballo se moverá y... No, no. Tengo que desmontar.

Los Palmer dejaron los vasos de *whisky* y la botella en las tablas del porche. Estaban seguros de volver a por él, por lo visto.

Descendieron los escalones del porche, hasta llegar a la calzada.

Seguros de ellos mismos.

Comenzaron a caminar hacia él, separándose entre sí a medida que avanzaban.

Whitman desmontó. Estaba casi frente al hotel en el que había dejado esposado a Bryan.

Y entonces, oyó la voz de Moira.

—¡Whitman!

La miró.

Estaba enmarcada en el umbral, nerviosa, tensa su expresión. Sus ojos expresaban angustia...

¡Dios!

Aquellos malditos... ¿habrían matado, quizá, a Bryan?

¿Por qué tenía que importarle a él lo que le ocurriese a Bryan Cushing? Era un pistolero. Un tipo de esos que van por ahí matando, disparando cuando una cosa no sucede de acuerdo a su gusto o a su opinión.

¿O no?

¿O no era Bryan Cushing uno de esos clásicos pistoleros asesinos?

¡Seguro que no!

Se acercó a Moira.

—¿Qué ocurre?

—Por favor..., ¡venga!

—¿Dónde está Bryan?

—El..., él está...

Moira Wells se llevó las manos al rostro y sollozó hondamente.

Whitman se sintió desesperanzado y triste. ¿Para eso había dejado caer él la llave de las esposas que mantenían inmovilizado a Bryan a la cama? ¿Para

eso? ¿Para que tres hombres, tres miembros de su familia lo mataran?

—Moira —llamó—: ¿no le libraste de las esposas? ¿Tienes la llave?

—Sí.

—La dejé caer para que así lo hicieseis y os marchaseis juntos. ¿No habéis podido hacerlo?

—No...

—¿Dónde está él?

—Está..., está...

Rompió en sollozos, estridentes, agudos.

Whitman ladeó la cabeza. Los Palmer se acercaban. Muy despacio, tranquilos, casi indiferentes. Naturalmente, no tenían ninguna prisa. Si lo mataban, todo estaría a su gusto, todo liquidado. Si él los mataba a ellos, ¿qué necesidad tenían de haberse apresurado?

Decidió aplazar la pelea.

—Vamos a verlo, Moira.

Subió al porche.

Ella le precedió hacia el interior del hotel-cantina. Whitman entró mirando instintivamente hacia arriba, a pesar de que sabía que el cadáver de Bryan Cushing no iba a estar allí, en la escalera.

Se quedó helado, cuando oyó su voz:

—Hola, chico. ¡No! No te vuelvas. Estás bien así.

—Bryan —musitó Alan—, ¿estás vivo?

—Más que nunca.

—Pero Moira...

Se volvió hacia la mujer. Esperaba ver en su rostro una expresión burlona, pero no era así. En su rostro continuaba grabada la misma expresión de angustia.

Bryan decía:

—Moira ha llevado a cabo un buen trabajo. No creía que la creyeses, chico.

—La he creído.

—Lo vi —rió Bryan—. Supo hacerlo. Moira, ¿se acercan mis primos?

La mujer se acercó a la ventana.

—No. Se han detenido en medio de la plazuela. No saben qué hacer. Pero parecen dispuestos a esperar.

Bryan rió.

—Esperarán poco.

—¿Qué te propones, Bryan?

—Una de mis tonterías, chico. ¿Sabes? Le he contado a Moira lo que ocurrió hace..., hace tiempo. Ella... Moira no teme que... ¿Comprendes?

—Sí. ¿Qué vas a hacer, Bryan?

—Siempre tan pesado. Voy a matar a mis primos. Fíjate: voy a salir, yo solo. Ellos te esperan a ti, y no te ofendas si te digo que no te tienen el mismo miedo que a mí con un revólver en la mano. Yo llevo dos. He podido conseguirlos. Me los prestaron cuando dije que iba a matar a los hombres que anoche colgaron al alguacil. Buena gente, la de Cheekwell. Un poquito cobardes, pero buena gente.

—¿Olvidas que eres mi prisionero, Bryan?

—No me hagas reír. Sólo quiero que sepas una cosa, chico. Tú y yo, no sé por qué nos parecemos. Somos iguales. Tan iguales, que si tú hubieses llevado mi vida, serías ahora un pistolero; y si yo hubiese vivido como tú, ahora sería *sheriff*. ¿Me comprendes?

—Sí. Hagamos un trato, Bryan.

—¿Cuál?

—Déjame salir, contigo afuera. Ellos son tres.

—¿Y qué? Vi que tú estabas dispuesto a hacerles frente..., solo completamente. ¿Crees que yo no puedo hacerlo? Además, ni siquiera tengo herida la pierna, como tú. Podré moverme mejor.

—Te matarán.

Alan miraba a Moira. Y estaba comprendiendo que la expresión de angustia de la mujer no había sido fingida. No. Ella sufría realmente, porque temía que, una vez conseguido lo que Bryan le había ordenado, o sea atraerlo a él e impedirle actuar, Bryan saldría a la calle... y le matarían.

—No seas loco, Bryan: Déjame ayudarte. Luego, puesto que estás libre, podréis marcharos los dos.

—No.

—Escucha: yo me he portado bien contigo. Y tú conmigo, lo sé. No estaría vivo ahora si no hubieses golpeado a Shivers. O si hubieses querido disparar cuando yo creí que estabas dormido y...

—No hables tanto, chico. Voy a salir... solo.

—Si haces eso, Bryan, volveré a detenerte. Sí, puede que mates a esos tres hombres. Eres muy peligroso. Pero ya sabes que a mí no me importa. Si sales ahora tú solo, Bryan, recuerda que iré a por ti.

—Como quieras...

Whitman adivinó tarde lo que estaba haciendo Bryan. Tan tarde, que cuando verdaderamente llegó concretamente a su cerebro la plena noción de

lo que iba a ocurrir, la culata de uno de los revólveres de Bryan golpeó su cabeza.

Cayó de rodillas.

Quería abrir los ojos, pero no podía. Ante él danzaban muchas sombras. Sí, había gente en el hotel-cantina, pero... ¿tanto se movían?

Le acometieron las náuseas.

Y no supo nada más.

* * *

Bud Palmer gruñó:

—Se le ha quebrado el valor. Vamos a buscarlo.

—Calma, Bud.

—¿Calma? Estoy harto de esperarlo.

—Tenemos tiempo.

—No demasiado. Estoy deseando agarrar a Bryan y...

Charles, el menor, acabó la frase:

—... Y colgarlo. ¿No es eso?

—¿Qué importa?

—No demasiado. Pero sí un poco. ¿Crees que a mí has podido engañarme durante este tiempo, Bud? Estás loco. Y no lo digo porque vayas a cometer una imprudencia o una salvajada. No. No lo digo por eso. Lo digo porque, aparte de tus brutalidades normales, estás loco.

—Charles... —amenazó Bud.

—¿Qué? Ahora no vas a hacerme nada. Nada en absoluto. Me necesitáis. ¿No es gracioso que yo, el menor, sea el más rápido revolver en mano? ¡Claro que me necesitáis! En realidad, estáis seguros de que los plomos que matarán a ese *sheriff* son los que saldrán de mi revólver. ¿No es así, hermanos?

—Lo que tú quieras.

—¿Qué comodidad! Es lo que más fácil te resulta ahora, Bud: decir que sí a todo lo que yo hable. Muy cómodo. Ahora sólo tienes tu perturbado cerebro fijo en un objetivo: colgar a Bryan. ¡Y estás tan cerca de conseguirlo...!

Ray dijo:

—Calla, Charles.

—¿Estoy harto de oír, «calla, Charles»? ¿Me oís? ¡Harto! Y todo esto que soporto..., ¿para qué? Sólo para permanecer junto a mis dos hermanos. Uno de ellos, tú, Ray, un maldito tramposo sin inteligencia para nada. Otro, tú, Bud, un loco. Un loco desde el día en que Bryan te colgó. Viste la muerte

demasiado cerca, y quizá ello te disculpe. Te disculpe de la locura, se entiende. No de las muertes. No te basta matar, ya te lo dije esta tarde. Has de colgar. Has de colgar, porque para ti eso es lo peor que se le puede hacer a un hombre. Lo peor. Lo que te hicieron a ti, Bud.

La voz de Bud Palmer era un seco, áspero ronquido.

—Te lo ruego, Charles: cállate.

—¡No! Ahora puedo hablar... Ahora me necesitáis. Ahora, Bud, no puedes pegarme un par de tiros y luego colgarme. Lo harías. Sí, lo harías porque estás tan loco, tan obsesionado, que ni tu hermano se libraría de ser colgado.

Ray apretó el brazo de Charles.

—Está ya bien, Charles. Tú querías salir a la calle a matar a ese *sheriff*, ¿no? Pues ya estamos en la calle, esperándole. Y ya verás cómo Bud no cuelga a Bryan. ¿Verdad, Bud? ¡Bud! ¿Qué te ocurre?

Bud Palmer tenía los labios blancos, prietos, y los ojos muy brillantes, excitados, inmóviles entre los muy abiertos párpados.

—¡No me ocurre nada! ¡Nada! Pero os diré: ¡quiero colgar a Bryan! ¡Lo colgaré! Nadie podrá impedirlo. Mientras esté vivo, todas mis fuerzas las dedicaré a colgar a Bryan. Aquel día... aquel día no me mató, pero me destrozó. A veces, cuando estoy solo y me toco el cuello, la marca que me dejó la cuerda, tiemblo. Tiemblo de miedo, de rabia, de odio..., ¡de todo! ¿Conocisteis a Alice? ¡Él se la llevó! Fue para él, porque parecía el mejor. Pero yo amaba a Alice. No sé cómo, ni cuánto. ¿Qué importa eso? Lo que sí tenía importancia era que mientras yo estaba solo, él tenía a Alice en sus brazos. Ella... era tan hermosa, tan pura... Cuando me miraba, afectuosamente, pero no como miraba a Bryan, yo creía volverme loco... Y quise que fuese mía. Aunque sólo fuese por una vez... Sólo por una vez... Yo quería...

Bud Palmer estaba aislado de sus hermanos, que se habían ido apartando poco a poco de su lado. Con la última palabra, la voz del mayor de los Palmer se quebró.

—Bud —musitó Ray—. Bud, cálmate.

—Sí... Me calmaré... Me calmaré pronto... Mirad cómo tiemblo. Fijaos en mis manos, en mi... en mi barbilla. Y ahora no estoy solo. ¿Os imagináis lo que me ocurre cuando no tengo a nadie delante que pueda ver mi miedo y mi odio? ¡Mirad la señal de la cuerda en mi cuello! Nunca más pensasteis en ella, ¿verdad? Yo sí, porque día a día, noche a noche la he ido tocando. A

veces he clavado los dedos en ella, queriendo arrancarla, pero no he podido. Está aquí para siempre...

Se calló.

Un silencio agobiante siguió a sus palabras.

Un silencio completo, total, rodeado de sol y polvo, de presagios de muerte y tragedia.

Pero por muy pocos segundos.

Muy pocos.

Charles advirtió en un susurro:

—Ahí sale... ¡No es el *sheriff*! Es... ¡Es Bryan!

Bud Palmer vibró increíblemente. De súbito pareció aplacarse, calmarse.

—No lo matéis. No. Por favor, muchachos, no lo matéis. Dejadle, aunque sólo sea un pequeño soplo de vida. Poco, pero suficiente para que se dé cuenta de que lo lincho...

Charles Palmer se mordió los labios. No era eso lo que él quería. Pero en aquellos momentos le dio lástima su hermano. Y al fin y al cabo, ¡al diablo Bryan! Había sido un estúpido. Su estupidez se le reveló todavía cuando pensó en dónde podría estar el *sheriff* Whitman, aquel joven de ingenuos ojos azules, barbilla firme, enormes músculos, y gran inteligencia para la lucha.

La había demostrado, primero, al cazarlos en las montañas, adivinando todos sus movimientos. Luego, cuando la pelea con Ralph Hughes. Y ahora..., ¿dónde estaría ahora?

Bryan, desde lejos, saludó:

—Hola, chicos.

¡Maldito! Debió dejar que Bud matase con el rifle a Whitman. Pero se había obstinado en que no quería que su hermano linchase a Bryan y pensó que estando vivo Whitman había más posibilidades de conseguirlo. ¿Quién era más loco: él o Bud? ¿Quién era su hermano: Bryan o Bud? ¿Había estado completamente cuerdo al intentar ser mejor, más bueno, alguna vez en su vida..., precisamente aquella vez?

¿Dónde estaría Whitman?

Bryan se había detenido a unos diez o doce metros de ellos. Ahora, sin esposas, a pie, con dos revólveres en la cintura, Bryan Cushing era otro hombre.

Era el pistolero temido, y toda su recia estampa, sus duras líneas, su postura, su maldita seguridad en sí mismo, su virilidad, destacaba casi rabiosamente en el cálido, silencioso, rojizo atardecer.

—He venido a mataros, chicos.

Y su ironía, su burla, su condescendencia, su maldita presencia amedrentadora, imponente.

El Bryan Cushing de siempre, sólo que unos años más viejo, más experimentado..., más peligroso. Más peligroso precisamente por la ligera pincelada blanca de sus aladares, por la mayor dureza de la línea de su boca.

Estaba en pie, solo, frente a tres hombres peligrosos y decía: «hola, chicos», y «he venido a mataros, chicos».

Ése era Bryan Cushing.

Y fue precisamente Charles, el más pacífico, el más joven, el que menos motivos había tenido hasta entonces para odiar a Bryan, el que había querido hacer algo bueno alguna vez, el que primero gritó:

—¡Matémosle...!

Su voz falló.

Y sus piernas.

Y su mano derecha.

Y su corazón.

Cayó al suelo, arrugado, como un muñeco, con un candente plomo incrustado en su corazón. No dijo nada. No le dolió nada. No sintió nada.

Sencillamente: murió.

Ray Palmer gritó, de rabia y miedo, porque veía girar hacia él, ahora, el revólver derecho de Bryan. No podría... ¡No podría adelantar su veloz movimiento, porque Bryan siempre...!

¡Pack!

El disparo resonó en el interior de su cerebro, como si el estampido hubiese sido creado exclusivamente para él. Cuando cayó de rodillas, girando su «Colt» en el engarabitado dedo índice, ya estaba muerto, con la cabeza destrozada por el disparo que había sido exclusivamente para él.

Después, hasta sus rodillas parecieron derretirse, o destrozarse, porque cedió de lado, hacia la derecha; rebotó silenciosamente sobre el polvoriento suelo, que inmediatamente se tiñó de rojo y gris, se llenó de cabellos rojos por la sangre...

Pero mientras tanto, Bud Palmer había conseguido disparar. Con el corazón rebotante de odio, la mueca de sus prietos labios torcida, con el pulso de la mano derecha ya firme, Bud Palmer había disparado certeramente, aprovechando que Bryan había dedicado, hasta entonces, toda su atención a Ray y Charles.

Bryan Cushing recibió el balazo en el hombro derecho. Fue como un violento golpe que lo, lanzara hacia atrás, girando. Había sido disparado de

demasiado cerca, porque Bud se había ido aproximando, en su ciego afán de llegar junto a él y lincharlo.

Bud gritó, con rabiosa alegría, cuando vio sobre el polvo el revólver de su primo.

Corrió hacia él.

¡Podría lincharlo, podría lincharlo, podría...! Continuó corriendo algunos metros después de haber recibido los dos plomos en el corazón. Cayó de bruces, aparatosamente, levantando el revólver izquierdo, esperando.

Silencio.

Quietud.

Y el mismo sol... algunos segundos más viejo, cayendo rojizo sobre la rojiza sangre vertida.

Calmosamente, Bryan Cushing fue mirando, uno por uno, los cadáveres de sus primos. Eran como extraños. Y ahora, estaban muertos. Los fue volviendo boca arriba, contemplando con impávida frialdad sus muecas de muerte.

Junto al último que miró, Charles, permaneció unos segundos, como si le costase apartar su mirada del rostro del menor de los Palmer.

Tardó un poco en comprender, hundido en su ensimismamiento, que aquella voz, llamándole, sonaba por segunda vez:

—Bryan.

Se volvió.

—¿De veras quieres detenerme, chico?

Sí. Allí estaba Alan Whitman. Mucho más recio y fuerte que él, más alto, con su indudable habilidad para emplear las armas. Debió haberle golpeado más fuerte, o repetir el golpe.

Pero ahora ya era tarde. El gesto de Alan Whitman era hosco cuando contestó:

—De verdad, Bryan.

El pistolero suspiró.

No pensaba dejarse encarcelar, de modo que, portándose honradamente con el *sheriff*, indicó:

—Entonces, muchacho, desenfunda y tira.

Alan movió desaprobadoramente la cabeza.

—No seas necio, Bryan.

—Esto no me ha gustado, chico. ¿Por qué soy necio?

—Porque yo soy bastante más rápido que tú... Mejor dicho: yo soy más rápido con la derecha que tú con la izquierda. Y tú no llevas más que un

revólver: el izquierdo. Y aunque llevases el derecho dudo mucho que tu mano de ese lado, herido el hombro, respondiese con la necesaria rapidez.

Alan Whitman hablaba con voz demasiado fuerte; tan fuerte, que por fuerza debía llegar hasta el porche del hotel, e, incluso, hasta su interior.

Bryan Cushing sabía que Whitman no dispararía mientras él no iniciase el acto de desenfundar.

Por eso pudo mirar a su alrededor; es decir, primero hacia la derecha, por donde se acercaba, sola, a caballo, la hija del alguacil. Luego, detrás de Whitman, a Moira, también sola en el porche, esperándole...

El pistolero volvió a suspirar.

—Los dos estamos heridos, chico —indicó innecesariamente—. ¿Por qué no lo dejamos para otra ocasión?

Los ojos de Alan Whitman tomaron un extraño brillo, y su voz bajó mucho del tono anterior.

Susurró:

—Tu herida no es de importancia, Bryan. Ni siquiera te impedirá cabalgar unas horas. Vamos, estúpido, dispara ya.

—Oye, muchacho, no quiero que por mí...

—Dispara, Bryan. ¿No lo comprendes? Yo no puedo dejarte escapar, pero...

¡Pack! ¡Pack!

Dos disparos.

Sonaron casi a la vez.

La tierra reventó, dorada, casi rojiza, junto a los pies de Bryan Cushing.

Simultáneamente, Alan Whitman, con un grito de dolor, soltaba el revólver, y, con la mano izquierda oprimiéndose el hombro derecho, caía al suelo.

Sheila había gritado, y corría hacia allí.

Pero Bryan Cushing era más rápido. Pasó junto a Whitman, veloz, hacia los caballos que se refrescaban bajo el tejadillo lateral. Iba dejando un espaciado y discreto reguero de manchas de sangre, que brotaba del hombro herido por Palmer.

Al pasar junto a Alan Whitman se desvió, y de un puntapié, envió lejos el revólver que el *sheriff* simulaba querer alcanzar.

Se inclinó sobre él, apuntándole. Y nadie pudo ver su leve y dura sonrisa.

—Eres un granuja, chico. Buena treta. ¿Te hice daño?

—No te preocupes. Yo estaba seguro de que me acertarías en donde menos molestias pudiese ocasionarme el plomo.

—Creo —Bryan sonrió— que ni siquiera disparando tú con la derecha y yo con la izquierda eres capaz de adelantarme, ¿no te parece?

—¡Hum! —gruñó Alan—. Creo que estás perdiendo mucho tiempo, Bryan. Márchate ya. Y... hasta la vista.

Bryan Cushing asintió con lentas cabezadas, mirando fijamente los azules ojos del rubio *sheriff* que parecía un pistolero.

—Eso —aceptó—: hasta la vista.

Hizo una seña a Moira Wells, que la interpretó acertadamente. Y mientras el pistolero mantenía encañonado al *sheriff*, la mujer trajo dos caballos del tejadillo lateral.

Nadie dijo nada.

Nadie hizo nada.

Poco después, sin que nadie hubiese aparecido todavía en la calle, Bryan Cushing, Moira Wells, y doce mil dólares, partieron, a buen galope, de Cheekwell.

Para los escondidos, agazapados espectadores, Bryan era un fenómeno incluso disparando con la mano izquierda.

Y no serían ellos quienes intentasen detenerlo.

Pero Whitman, caído en el suelo, con el hombro ensangrentado, sonreía, pese al dolor. Él sabía la verdad. Y Bryan Cushing también la sabía.

La verdad.

Bryan Cushing, días atrás, pudo matarlo y no lo hizo. Sus manos, veloces, perdonaron en aquella ocasión. Y él, Alan, salvó la vida.

Muy bien.

¿Acaso él, Alan Whitman, no hubiese podido matar ahora a Bryan Cushing? Sí, aquella rojiza tarde pudo haber sido la última para Bryan Cushing. Alan Whitman hubiese podido matarlo. Pudo hacerlo, porque —y eso ahora lo sabían ambos— su mano derecha era más veloz que la izquierda del pistolero.

Pero también sus manos perdonaron.

¿Para qué matar... cuando no era necesario? Uno y otro habían demostrado lo que valían con el revólver. ¿Por qué matarse entre ellos si adivinaron uno en el otro, esa coincidencia de caracteres que permite la compenetración, la amistad entre los hombres? ¿Por qué matarse uno a otro si podían ser amigos?

Sí. Era mejor tener manos que supiesen perdonar...

De pronto, Alan Whitman frunció el ceño. ¿Realmente había dado cuenta Bryan de que si le aventajó fue porque él quiso, porque dejó que la mano del

pistolero llegase antes al revólver? Bien. De todas formas, ésa era una cuestión que podría solventarse más adelante.

Alan Whitman dejó de pensar en el hombre que había sido su prisionero. Sheila estaba a su lado, arrodillada.

—Ha escapado ese maldito pistolero...

Él la interrumpió.

—No, Sheila; no es un maldito. Creo... Bueno, creo que me ha salvado la vida.

—Pero...

Sheila no comprendía. Ella no sabía...

Y Alan se lo explicó:

—Dudo mucho que yo hubiese vencido a los Palmer. Por eso quiso matarlos él; viejas cuentas y una nueva amistad.

—No..., no lo entiendo...

—Las viejas cuentas eran con ellos. La nueva amistad la sentía hacia mí. Y estoy seguro de una cosa: Texas ha perdido uno de sus hombres malos... y cualquier otro estado de la Unión ha ganado un hombre bueno. ¿Comprendes? Me alegro de que Bryan Cushing se me haya escapado. Con la mujer que él ama, además.

—Pero esa mujer es la que...

Sheila calló sofocada, y Whitman sonrió.

—Esa mujer se casará con Bryan. Vino aquí a salvarlo, y en todo momento, todo cuanto ha hecho ha sido con ese objeto. Anda, ayúdame. Ahora podré atender mis heridas con calma. Lo que me preocupa es una cosa...

—¿Cuál?

Whitman sonrió.

—Que cuando llegue a Wilburville, nadie creerá que pudieron vencerme. ¿Y cómo explicarles que hay manos que perdonan...?

* * *

Dos días más tarde, Alan Whitman, lo suficientemente restablecido de la herida del hombro, y con la pierna en perfectas condiciones, por lo menos para cabalgar hasta Wilburville, ensillaba su caballo, en la cuadra.

Cuando salió de ésta, llevando al animal por las bridas, pasó a la parte frontal del hotel-cantina de Cheekwell.

Y oyó aquella voz, inconfundible:

—¿Se marcha ya, *sheriff*?

Se volvió, despacio.

—Sí.

—Bien...

Había curiosos. La gente, poca, pues Cheekwell era un pueblucho, salía a ver cómo se marchaba aquel *sheriff* que con su llegada había convertido a Cheekwell, siquiera por unas horas, en un núcleo de sucesos que destrozaron su rutina, su modorra habitual.

Whitman se acercó a Sheila Byrnes.

—Gracias por tus cuidados, Sheila.

La muchacha inclinó la cabeza. Y Whitman interpretó mal el gesto. Claro que ella ya sabía que él no se dedicaba a ir besando a las mujeres teniendo pendiente un muerto, pero...

—Adiós, Sheila...

Montó.

Sheila levantó la cabeza; brillaban lágrimas en sus ojos.

Y su voz sonó tan frágil que parecía ir a quebrarse de un momento a otro:

—¿Qué..., qué voy a hacer yo ahora...?

La tristeza de Alan Whitman se esfumó. Claro que podía equivocarse, pero... Bien, ¿por qué no decirle...?

—Sheila.

—¿Qué?

—¿De verdad no sabes lo que vas a hacer de aquí en adelante?

La boca de la muchacha se crispó; a punto del llanto sus ojos.

—No.

—Puede que en Wilburville me hieran algún día. Por si acaso, y ya que tú... —Whitman aspiró profundamente—. Bueno, quizá si tú estuvieses allí siempre no tendría que mandarte a buscar...

Sheila alzó vivamente la cabeza.

—¿Me estás pidiendo que vaya contigo?

Alan asintió, en silencio.

Y Sheila Byrnes tampoco dijo nada. Su rostro se había transformado. Fue al otro lado del hotel-cantina, a aquel que estaba fuera de la línea visual de Alan Whitman.

Tardó tres segundos en aparecer de nuevo, montada en un caballo pertrechado de todo lo necesario para una larga marcha. Whitman abrió la boca, asombrado.

Pero ella se la cerró cuando, colocando su cabello junto al del *sheriff* de Wilburville, se inclinó hacia éste y lo besó en los labios.

Luego, inesperadamente, Sheila rompió a llorar...

Whitman balbució:

—Bueno, si no deseas venir realmente...

—Oh, no. Alan —hipó, sonriendo entre las lágrimas—. Es que... ¡temí que no me lo pidieras...!

EL AUTÉNTICO FINAL

El jinete se detuvo ante el rancho, secándose el sudor con la manga de la cazadora.

Era un jinete que se adivinaba alto, atlético, fuerte. Tenía los ojos muy azules, el mentón firme, los cabellos rubios y largos.

—Buenas tardes, señora.

La mujer se volvió, sorprendida y un poco sobresaltada. Estaba en el porche, con un niño en los brazos. Pareció quedarse petrificada, sin saber qué hacer o decir; ni siquiera correspondió al saludo.

Un chiquillo de unos cuatro años salió del interior del rancho.

Se quedó mirando ceñudamente al forastero, y preguntó:

—¿Quién es usted?

El jinete sonrió.

—Me llamo Alan Whitman, pequeño. Pero estoy seguro de que tú no has oído hablar de mí... ¿Qué te ocurre?

Fue entonces cuando la mujer consiguió reaccionar:

—Le ocurre que sí ha oído hablar de ti, Alan. ¡Dios mío, qué contento se pondrá Bryan cuando te vea! ¿No vas a desmontar?

—Por supuesto. Gracias —Alan desmontó, dejó suelto el caballo y se acercó al chiquillo—. Dime, ¿cómo te llamas?

—Alan Cushing.

Whitman respingó. Cuando miró a la mujer, la vio sonriendo. Se le formó un nudo en la garganta.

—Y dime —prosiguió—. ¿Quién te ha hablado de mí?

—Mi padre. Dice que usted es el revólver más rápido de Texas. ¿Es verdad?

Whitman se rascó la nuca. ¿Qué podría contestarle al hijo de Bryan Cushing? Le revolvió los cabellos y se dirigió a la mujer. Miró al otro niño, al que todavía no tenía edad para caminar.

—Estás más hermosa que nunca, Moira. Y dos hijos, ¿eh? Sólo tenía noticias del primero. Y Bryan no me dijo que se llamase Alan.

—Ya sabes que no le gusta escribir. Dice que sí, que es tu amigo, que se alegra de que sea así, que te aprecia, pero...

—Ya.

—¿Cómo está tu pequeño, Alan?

—Él y Sheila están bien; gracias. Éste es un bonito rancho, Moira.

—Bryan trabaja mucho. Son cinco años de esfuerzo y voluntad, Alan.

—¡Cinco años! Dios mío, qué viejos somos... —se echó a reír—. ¿Dónde está Bryan?

—En los pastos. ¿Sabes, Alan, que Kansas tiene muy buenos pastos? Es un buen sitio para criar ganado, y... Por allí llega Bryan.

Cesó la conversación, casi forzada, que sostenían. Más tarde, hablarían realmente de lo que les interesaba. Los primeros momentos son siempre desconcertantes.

¿Cómo reaccionaría Bryan?

Ahora estaba en la cresta de la lomita; se había detenido. Alan se preguntó si lo habría reconocido a aquella distancia de casi ciento cincuenta metros. Decidió salir a su encuentro.

Moira quedó en el porche, con sus dos hijos. Desde allí, vio cómo los dos hombres, sin desmontar, se estrechaban las manos.

Pero no podía oír lo que hablaban:

—Hola, Bryan.

—Hola, chico.

—Tenso ya treinta y dos años.

—Chico.

—Bueno, ya sé que tú eres más viejo que yo. Pero a los treinta y dos años ya se es un hombre —Whitman sonrió—. ¿No te parece?

—Bueno.

—¿Van bien las cosas?

—Sí.

—No sabía que tenías dos hijos. Ni que al mayor le habías puesto mi nombre.

—Tonterías.

—Bueno, quizá sean tonterías. Pero revelan sentimentalismo.

—¡Bah!

—¿Sigues tirando bien, Bryan?

—Mejor.

—Te creo. Se hace difícil imaginar que el temible Bryan Cushing haya perdido su pulso.

—¿Burla?

—No. No me burlo. Tenía ganas de verte, Bryan.

—También.

—Hombre, muchas gracias.

—Bah.

—Tú siempre tan hablador. ¿Recuerdas nuestra galopada por el Llano Estacado, Bryan?

Los ojos del expistolero brillaron.

—Recuerdo.

—Hace ahora poco más de cinco años.

—Sí.

Whitman lanzó un resoplido. Y dijo irónicamente:

—¡Diablos!, da gusto tener un buen amigo como tú con quien poder conversar sobre tiempos pasados, ¿no, Bryan?

—¿Burla?

—Esta vez sí. Oye: tu hijo dice que tú aseguras que soy el revólver más rápido de Texas.

—Cierto.

—¿Lo soy? ¿Lo dices de veras?

—Sí.

—Bien. Entonces, tú ocupas el segundo lugar, ¿no? Me alegra que por fin hayas admitido mi superioridad...

—No.

—¿No la admites? ¿Entonces por qué le has dicho a tu hijo que yo soy el revólver más rápido de Texas?

Bryan Cushing miró afectuosamente a su amigo. Eran amigos, cierto. La distancia tenía poca importancia. Ellos habían vivido un suceso que había solidificado para siempre su amistad. Sus manos perdonaron.

Cuando Bryan Cushing contestó, lo hizo con leve, seca sonrisa:

—Tú eres ahora el mejor revólver de, Texas porque yo me marché.

Alan Whitman lanzó una carcajada.

—Hablas demasiado, Bryan.

Rieron los dos. Luego galoparon hacia la casa.

FIN